



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 22 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

10 JUNIO 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

PRECIOS DE SUSCRICION PARA ESPAÑA Y PORTUGAL.

**1.ª EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.**  
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.
Seis meses... 15,50 »	Seis meses... 18,50 »
Tres meses... 8,00 »	Tres meses... 9,50 »
Un mes... 3,00 »	

**2.ª EDICION.—ECONÓMICA.**  
Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.
Seis meses... 9,50 »	Seis meses... 11,50 »
Tres meses... 5,00 »	Tres meses... 6,00 »
Un mes... 2,00 »	

**3.ª EDICION.**  
ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.  
Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.

MADRID Y PROVINCIAS.
Un año... 13,00 pesetas.
Seis meses... 7,00 »
Tres meses... 3,50 »

**4.ª EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.**  
Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 27,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.
Seis meses... 14,50 »	Seis meses... 15,50 »
Tres meses... 7,00 »	Tres meses... 8,00 »
Un mes... 2,50 »	

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demas puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en las provincias de España. Agentes generales.— En la REPUBLICA ARGENTINA y en la del URUGUAY D. Federico Real y Prado.— En la de CHILE D. Julio Real y Prado.

**SUMARIO.**—Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda — Fichú de tul negro. — Falda con túnica para viaje. — Falda adornada de rúches. — Sombrero de tul y encaje. — Sombrero-capota de paja. — Toquilla de punto de aguja. — Pañuelo rico bordado de aplicaciones sobre tul. — Tapete para velador. — Alzapafios de lana y seda. — Alzapafios de cordon de lana. — Divan otomano bordado en tela adamsada. — Cuatro diferentes galones para adornar muebles. — Flecos de lana para muebles. — Cenefa sin revés ni derecho para colchas. — Puntillas bordadas en tul. — Cigarrera: labor anudada. — Cigarrera para viaje. — Canastilla para nevía. — LITERATURA: Bibliografía, por Salvador María de Fábregues. — Patria, poesia, por J. L. Estelrich. — En la tumba de mi hermana, poesia, por Manuel Fombona Palacios. — La hora suprema, por Carlos Heralt. — El Balamo de las penas, por Angela Grassi. — Correspondencia. — Secretos del tocador. — Variedades. — Explicacion del figurin.

#### EXPLICACION de los grabados.

##### 1. FONDO DE PUNTO DE MALLA.

Es una linda variedad de las pocas que la malla permite, y el cuadro grande alternado con el pequeño, se obtiene dando al mallero una vuelta del hilo antes de ejecutar el punto. Puede bordarse lo mismo que el otro punto común colocándolo en un bastidor de alambre grueso.

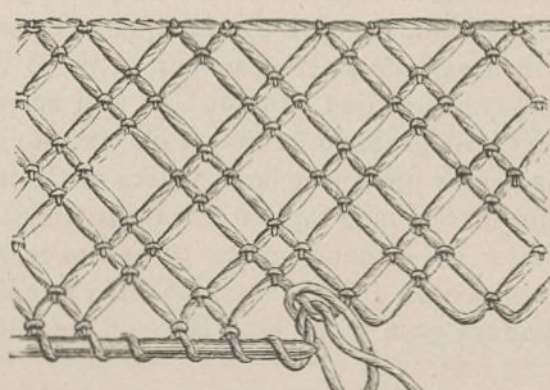
##### 2 Y 17 Á 19. TAPETE PARA VELADOR.

Ejecútase este tapete á punto de cruz, sin revés ni derecho, con algodón azul de dos tonos, sobre lienzo crudo, pudiendo tambien servir para mantel para té. El núm. 17 ofrece el dibujo completo, y los 18 y 19 cenefas en el mismo gusto, pero más ricas por si quiere variarse la del tapete. Fleco sacado de la tela misma.

3 Y 29. TAPETE PARA VELADOR. Como el anterior, sirve para tape-



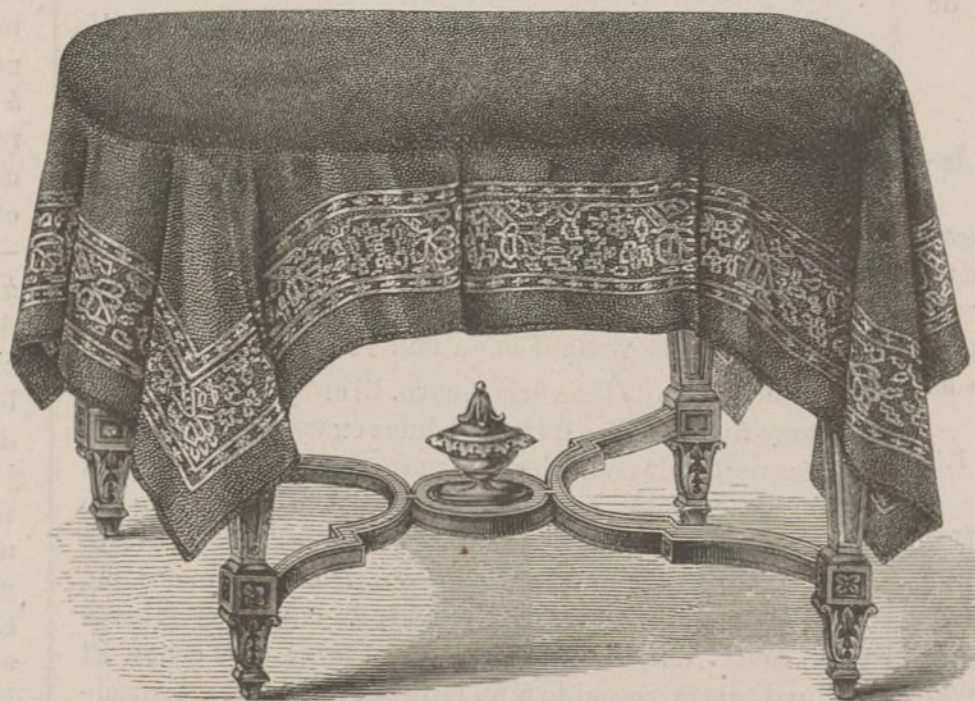
2. Tapete para velador. (Véanse los núms. 17 á 19.)



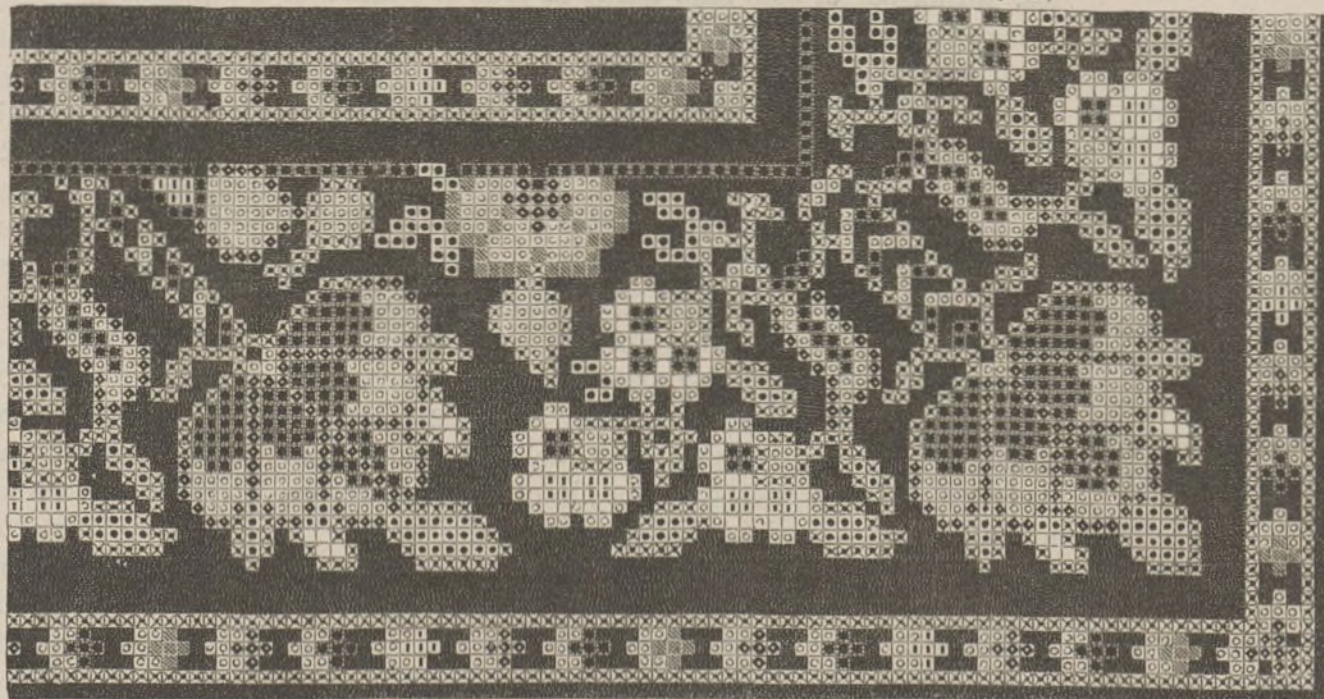
4. Fondo de punto de malla.



3. Tapete para velador. (Véase el núm. 29.)



(4. Tapete para velador. (Véanse los núms. 5 y 28.)



verde oscuro. verde claro, marron oscuro, marron claro, marron más claro, rubí, azul oscuro, azul claro. 5. Dibujo para el tapete núm. 4. Bordado en cañamazo.

te ó para mantel de té, y se borda en la misma tela indicada, sólo que este es á punto de contorno y pasado con algodón encarnado, y la estrella del centro es el ángulo cuatro veces repetido. Una puntilla de hilo de telar le completa.

##### 4, 5 Y 23. TAPETE: GÉNERO DE LOS GOBELINOS.

Está bordado sobre paño verde oliva y rodeado de cenefa bordada por el modelo núm. 5 sobre cañamazo, un punto á lo ancho por dos de altura, y con los colores que marca el dibujo mismo, sacando despues de bordado los hilos del cañamazo. El núm. 28 muestra la cenefa estrecha, y en ella se vé perfectamente el punto antes indicado. El tapete tiene 134 cents. en cuadro, debiendo comenzar por los ángulos para corregir en los centros cualquier irregularidad del dibujo, en el que pueden ponerse los colores más claros de seda argelina: un fleco ó un cordon del color del fondo rodea el tapete.



7. Alzapafios de cordon de lana. (Véase el n.º 14.)

##### 6 Y 7. ALZAPAFIOS.

El cordon de lana en dos colores, núm. 7, cierra doble bajo un nudo y termina en gran borla de pasamanería. El núm. 6, de lana y seda, cierra del mismo modo, y la borla está adornada de madroños y bellotas con las iniciales en la parte superior.

##### 8 Á 11 Y 15. ADORNOS PARA TAPICERÍA.

Ofrecemos una coleccion de adornos para sillerías, portiers y cortinajes, que deben corresponder en sus colores á las telas que se elijan: los galones van representados de tamaño natural.

El núm. 8 es un galon de lana marron con rayas de seda verde claro, y fleco á los dos bordes verde más oscuro.

El núm. 9 es un galon verde mus-



go, género gobelino, con madroños de lana de un tono más claro.

El núm. 10 es un galon terminado por ancho fleco y con la cabeza en lazadas del mismo estambre: sus colores son amarillo, azul, oliva y rosa bajo.

El 11 está tejido con cordón grueso amarillo, verde, negro, azul y blanco, terminando en enrejado y borlas de color claro.

El 15 es un fleco de seda para muebles ricos ó tapetes, y la trama de cordón de seda blanca, verde, marrón y grana, vá atada en calados contrariados con seda de Argel, acabando en dos órdenes de borlas de la misma seda.

#### 12, 13 Y 14. DIVAN OTOMANO.

Esta clase de divanes son propios para dormitorio ó gabinete de confianza á los lados de la chimenea ó entre dos ventanas: un cajón de madera de 160 cents. de largo, por 35 de alto y 50 de ancho, forma el asiento, y el respaldo tiene 44 cents. de altura, cubriéndolo todo una tela de algodón adamascada, en la que se bordan los contornos con lana de otro color, como muestra el núm. 13.

El núm. 14 ofrece el fleco de 20 cents. de ancho, de cordón de lana retorcido y terminado cada uno de los cabos en una borla atada con seda. Un rizado de tela doble cubre la cabeza del fleco, y el alzapuño núm. 7 corresponde á él.

#### 16. CENEFA PARA COLCHAS Ó TAPETES.

Bordado sin revés ni derecho.

Puede ejecutarse en tela cruda, paño ó reps, con lana ó con seda, ó con ambas cosas combinadas: se ejecutará primero el centro de las flores como indica el dibujo y después el contorno y el tronco: en nuestro modelo las flores son grana, las hojas verde y lila y los troncos color de oro.

#### 20 Y 21. PUNTILLAS BORDADAS EN TUL.

Ambas se bordan en tul de hilo fino con hilo plata á zurcido y se terminan con piquillo de encaje, pudiendo servir para fichús y juegos de cuellos y mangas.

#### 22 Y 23. SOMBREROS.

El primero, de paja de Italia, lleva rizado doble alrededor del fondo, el uno de seda-paja, el otro de seda azul, y rizado también debajo del ala y planta de flores silvestres que completa un ala de faisán.

El segundo tiene la armadura de tul y el fondo de tul bullonado negro con encaje negro y lila alrededor, dispuesto como indica el modelo, y separados los dobles encajes por cinta negra como las bridas. Ramo de rosas té.

#### 24 Á 26. PAÑUELO-FICHÚ DE PUNTO.

**Materiales:** 40 gramos de lana musgo, agujas de madera ó alambre grueso.

El núm. 25 presenta el fleco extendido y el 24 colocado en la cabeza, y tiene la forma de un triángulo de 91 centímetros de largo por cada costado, y 142 por la orilla larga: las ondas de la puntilla forman un dibujo sencillo que se detiene en 21 vuelta repetidas dos veces en cada pico.

Pónense 20 pto. en la aguja y se hacen las vueltas \*1.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup> 5.<sup>a</sup>, esto es, todas las impares, al derecho.

2.<sup>a</sup> 1 pto. sin hacer, 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trabilla, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 10 lis. En las vueltas pares 4, 6 y 8, se hace un punto más antes de la primera trabilla, y uno menos antes del último menguado, por lo tanto se hace para la vuelta 20, 1 pto. sin hacer, 10 lis., 3 veces 1 trab. y 1 meng. y 1 lis., y después de la vuelta 21 se repite desde la señal \*.

Hecha la puntilla, se levantan con una aguja las trabillas del borde superior del lado más largo, como muestra el núm. 26, dejando dos y tomando la tercera, y se hacen 2 vueltas á punto de faja: después 3 de trab. y menguados alternados, repitiendo el calado mismo de la puntilla, haciendo todo el resto del pañuelo á punto de faja muy flojo, y siguiendo el calado por las orillas, siempre un punto anterior al que se hizo antes, y suprimiendo el punto que sobra en las dos orillas antes de enganchar la puntilla, que de este modo se va colocando al hacer el pañuelo: la puntilla no debe cerrarse hasta ver si la punta tiene el vuelo necesario para el buen asiento.

#### 27 PUNTILLA DE CROCHET PARA PAÑUELOS DE PUNTO.

Está hecha en lana céfiro doble de dos colores ó de dos tonos de uno mismo, componiéndose la primera vuelta de ondas hechas de cinco puntos y uno doble. Puede servir también para fondo de fichú repitiendo el dibujo

todo lo necesario, y para cada onda se ejecutan después de 4 puntos de cadeneta, barras de 4 puntos, ejecutada cada una después de echar la hebra sobre la aguja, y se reúne todo en un solo punto doble, haciendo después 4 puntos de cadeneta para repetir lo mismo.

#### 30. FICHÚ DE TUL NEGRO.

Es de tul de seda negro con cenefa de encaje negro, y tiene la forma de un cuadro oblongo, de 82 cents. de ancho en medio por 236 cents. de largo. En el centro de atrás va recogido con un ángulo vuelto por medio de algunos pliegues. Por delante va ligeramente anudado y sujeto con una flor ó un broche.

#### 31 Á 33. CIGARRERA. LABOR ANUDADA.

La cigarrera consta de dos mitades, de las cuales la una se introduce dentro de la otra, y se trabaja con seda de china ó pita. Se empieza la labor (doble nudo) por el centro del fondo, fijando á una almohada, para la parte que se mete dentro de la otra, 76 hebras de 150 cents. de largo, de modo que de 4 hebras anudadas ligeramente en el centro, la mitad se lleva hacia adelante y la otra mitad hacia atrás.

Con una de estas mitades se ejecutan (como indica el grabado 33) 11 hileras de dobles nudos, suprimiendo á cada vuelta dos hebras de cada lado. Volviendo á tomar sucesivamente estas hebras (2 hebras de cada lado) en las 11 hileras siguientes, se forma la primera mitad del fondo circular.

Luego se deshacen los primeros nudos, y se repite la labor para la segunda mitad del fondo en 22 vueltas con las hebras que se han dejado atrás. Las 74 vueltas siguientes, trabajadas en redondo, forman el estuche, de 10 centímetros de altura, el cual debe anudarse con sumo esmero, tanto para darle solidez, cuanto para que parezca bien á la vista. Se hace primero un doble nudo con 4 hebras de la parte del estuche, y se corta inmediatamente al lado. Luego se coloca la labor oblicuamente (con las puntas de las hebras á la derecha) y se fijan 4 nuevas hebras dobladas por la mitad, que son por consiguiente 8 hebras, que se trenzan por la parte interior, añadiendo las hebras que han quedado aún suspendidas en esta parte. El grabado 32 indica claramente cómo se cruzan las hebras una vez delante y otra vez detrás, cortándose después de modo que formen dos trenzados. La parte exterior del estuche cuenta 10 hebras más que la otra, pero se ejecuta del mismo modo. Más que la explicación ayudará para hacer esta labor el estudio de los grabados 32 y 33.

#### 34. CIGARRERA DE VIAJE.

Es sumamente cómoda, pues se lleva en bandolera alrededor del cuerpo suspendida á un cordón de seda pasado por unas anillas de metal, y puede contener una gran cantidad de tabaco por los fuelles que lleva á cada lado. El modelo, de cabritilla negra, forrado de seda, está adornado con iniciales bordadas en seda ó en oro sobre fondo negro ó de color.

#### 36 Y 40. FALDA CON TÚNICA.

El modelo es de lana gris oscuro. El croquis grabado 40, de tamaño reducido, dá las medidas exactas y las indicaciones necesarias para los pliegues: *a* marca la mitad del paño de delante, *b* un paño de costado, *c* el paño de atrás. Los grabados 36 y 40 muestran perfectamente el drapeado, que es muy sencillo: nosotros añadiremos que las partes plegadas sobre los paños de costado empiezan á 45 cents. de arriba, reduciendo el largo á 92 cents. El paño de atrás, recogido á un lado por medio de plieguecitos, forma por el otro lado desde la cruz al punto una gran tabla, drapeado después de doble punto á la estrella bajo dicha tabla.

Por abajo lleva la túnica picos recortados y ribeteados de raso.

#### 37. CANASTILLA.

La montura de bronce tiene 37 cents. de altura, á la cual va suspendida la canastilla dorada por medio de cadenetas de 12 cents. de largo. La canastilla mide 18 centímetros de diámetro por 8 de profundidad. Se la forra de raso azul, orillándola con un rizado de 2 cents. que oculta la pegadura del lambrequin de paño blanco, bordado á la cruz con seda de color, lo que se obtiene poniendo cañamazo encima del paño y sacando después los hilos. Anillas que se encuentran á ambos lados de la montura sostienen otras dos cestitas pequeñas. La una forma acerico y lleva iniciales y borlas azules. Un rizado de cinta de raso de 7 cents. de ancho sostenido por un alambre y adornado con lazos, figura el asa de la canastilla.

#### 38. PAÑUELO BORDADO DE APLICACION.

El grabado da la cuarta parte del bordado de tamaño natural, é indica claramente la ejecución de la labor que imita encaje. Se ejecuta sobre tul con aplicaciones de muselina y entredoses ó puntillas.

El borde termina con un feston muy fino, y un feston que también el fondo de batista y el entredós de encaje.

JOAQUINA BALMASEDA.

#### RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administración, para recibirla franca de porte.



#### EL COPO DE NIEVE.

NOVELA DE COSTUMBRES

original de

ANGELA GRASSI.

Deber es, y tan ineludible, que nadie á quien su conciencia gobierne puede prescindir, el pagar el justo tributo que el talento y la virtud merece. Las obras de este, los frutos de aquel, nuestra sociedad positivista no aprecia en lo que valen, si un dedo indicador no lo señala con el refulgente raudal de luz que emana de la crítica sensata é imparcial. Aun así y todo, el lujo, la opulencia, el poder, no dan toda la protección á que son acreedoras las letras y las artes; no estimulan al génio que vacila, no consuelan y animan al espíritu que fluctúa en un mar de dudas, y pérdida casi la esperanza, porque hoy, triste es confesarlo, la generación que se llama ilustrada carece en su generalidad hasta de las más rudimentarias nociones de las ciencias más útiles, de los conocimientos más indispensables. Con tal que se sepa vivir para gozar, para enriquecerse, para entregarse desenfadados, derramando el oro á manos llenas, á trueque de la plenitud de goces con que la concupiscencia de la materia brinda á la estólida multitud cuyo lema es el placer; hé ahí el problema de la vida para la generación sibarítica del siglo de los adelantos. Pero si á esos goces de los sentidos se quiere adicionar, como parece lógico y natural, los nobles y puros del alma, se os contestará que eso pertenece á la remotísima época del oscurantismo, y que—«otros tiempos, otras costumbres.»—¡Menguada sociedad la nuestra que así cierra los ojos á la verdadera cultura, teniendo el cinismo de calificarse de ilustrada!... Si; su ilustración se reduce á hablar el *caló* con los toreros, concurriendo asiduamente á los bárbaros espectáculos que se dan por los modernos gladiadores; á chapurrear el francés ú otro idioma extranjero, pero desconociendo hasta los prolegómenos gramaticales del patrio... No les preguntemos por el estado de nuestra literatura, del desarrollo intelectual, del progreso de las artes, porque quizá quizá será lo mismo que si les habláramos una lengua muerta; no os comprenderán, se encogerán de hombros y os replicarán explicándonos cómo pone un par de banderillas Frascuelo.... Esa es nuestra sociedad: grima causa confesarlo; pero nos encontramos en estado de gestación intelectual, y al paso que vamos tenemos aun para un siglo.

Estos ligeros brochazos del cuadro social en el último tercio del siglo XIX, los crearán algunos una exageración; pero es una dolorosa verdad. Un célebre estadista inglés juzgaba la cultura de un pueblo por el número de buenos libros que se vendían en él. ¿Quién, actualmente, compra en España libros?

Un reducidísimo número de personas, de las cuales se puede contar que la mitad los compran por lujo ó por compromiso. ¿Quién los lee? Pocas, poquitas personas nutren su espíritu con el sabrosísimo manjar que contienen los buenos libros. Por otra parte, la protección oficial es nula, ó se concede más al favor que al verdadero mérito; de ahí que el escritor vegete en una oficina particular el privilegiado, ó gane el pan cotidiano tras el biombo del memorialista. Con tan poca halagüeña perspectiva, es un héroe el que escribe libros; lo es más el autor que con sus economías los publica. No diremos una palabra del editor de profesión; este, Teo-



doro Guerrero lo ha dicho muy bien en su notable obra *Las Llaves*: es, es... lo que él ha dicho.

Pero demasiado hemos divagado para encontrar un punto accesible y entrar de lleno en la crítica de una novela de Angela Grassi. No lo hemos conseguido, porque los libros que escribe Angela, si bien se considera, no son comparables en nada á ninguno de los que producen hoy las más aplaudidas y encomiadas escritoras. El estilo de Angela es peculiar y especial de ella; la filosofía que hace pensar al hombre maduro, el sentimiento que hace palpar hasta el corazón de la mujer más apática, y la galanura de la frase que llena las exigencias de los buenos hablistas. Todo eso, y un fondo de la moral más pura, una fidelidad grande en las descripciones, una exactitud matemática en la pintura de caracteres y una naturalidad inimitable en el desarrollo de la fábula, tienen los libros de Angela Grassi. Pero veamos lo que es *El copo de nieve*.

Como el sonido del arpa eolia deja oír sus notas melodiosas y suaves impregnadas de ternura que arrebató la mente á una región de dicha y bienandanza, así la invocación del libro que nos ocupa, cual de incienso embriagador perfume en los templos arroba al alma á contemplaciones celestiales, así su lectura trasporta á tiempos que pueden ser y son los nuestros, pero que no logramos columbrar tan fácilmente. El genio de la poesía bate sus hermosas alas en torno de la escritora, y modula á su oído esas dulcísimas frases que ella trasmite á la posteridad vivificadas con el calor de sus propios sentimientos. La incubación de lo bello, de lo generoso, de lo grande, se ve ya en la primera página. ¡Cómo no seguir adelante...! Imposible es resistir la influencia de un libro cuyo principio solamente causa una emoción inexplicable!

Hacer interesante un punto de España de tan escasa importancia como Orduña, solo puede conseguirlo la pluma de Angela Grassi. Leyendo la poética descripción que de la pequeña ciudad de Vizcaya hace, asaltan al lector deseos de visitarla y recorrer sus hermosas y verdes praderas. La decoración ha sido pintada de mano maestra; ni el más pequeño detalle se ha omitido en ella; todo la embellece, todo la comunica ese irresistible atractivo, que se siente á pesar de todo, sin que puedan explicarse las causas. Del escenario pasemos á los personajes.

Los tipos de Clotilde y Juana son los dos polos en que descansa la constitución social de la mujer. Desarrollados paulatina y admirablemente, su creadora, presenta en la meta de su jornada el fruto preconcebido de una educación equivocada, como vemos por desgracia que va vulgarizándose. Esto entraña un problema que debe reducirse á estos términos: dada la libertad social de la mujer, cuál es su mejor consejero, el corazón ó la cabeza? Intentemos resolverlo.

Que la educación es el preceptor que dirige las buenas acciones, puesto está fuera de toda duda; ¿pero qué es lo que aquilata esas acciones, qué es lo que dirige el pensamiento, vigoriza la voluntad y afirma las creencias? La moral. ¿En dónde, pues, encontrarla que se adapte al fin propuesto y dé los resultados innegables de saludable efecto en la familia y en la sociedad? En la religión. Estudiando las religiones sólo se encuentra una moral cuyos fines guarden perfecta armonía con los principios; la moral del cristianismo. Si esto es así, porque ejemplos de ello hemos visto á millares, no puede negarse que el individuo en estado libre obra bien ó mal conforme á la moral que dirige sus acciones. La mujer, débil y por naturaleza impresionable, para que use y no abuse de esa libertad que se le pretende otorgar por los modernos regeneradores, es preciso que tenga encadenados en su corazón los puros sentimientos religiosos, antes que su inteligencia elevada á un grado de cultura superior, pueda analizar las utopías trastornadoras que para martirio de los espíritus débiles siembra el genio del mal en los floridos senderos de la vida. Es preciso que se penetre bien de sus deberes, se identifique con la moral, y sin dudas, sin vacilaciones, marche impávida á cumplir su conciliadora misión. Eso darán de sí los buenos sentimientos, eso aconsejará el corazón si la educación lo ha formado como es debido. Por el contrario, teniendo como mentor la cabeza, sin el sólido apoyo del corazón, fácil es cometer un dislate, porque así como son conocidos y se explican los fenómenos físicos llamados ilusiones ópticas que al órgano de la visión le presentan lo que no existe, del mismo modo la razón se extravía ante esas utopías de falso brillo que seducen á la que piensa y no siente. Hé aquí Juana; hé aquí Clotilde. Puede existir y existe la bondad; pero esta es relativa ó absoluta. Vemos la última fielmente representada en la primera; encontramos en la segunda la bondad condicional, la que no transige, la que está próxima á la rebelión. Y ello dimana todo del predominio

que el corazón ó la cabeza ejercen en la vida de la mujer. Pensar antes que obrar; sentir antes que pensar. Deduzcamos de aquí, que es preferible siempre tener el corazón por consejero, y así también lo demuestra la autora en el desarrollo gradual y lógico que á su hermosa figura de Juana hace jugar en su libro. No es esto reprochar á Clotilde; es presentar fielmente retratada la mujer buena de nuestros días, que se ha contaminado de las ideas de los llamados *espíritus fuertes*, no contando con el invulnerable broquel que la religión y la moral facilitan. Clotilde es una buena figura; palidece algún tanto al lado de Juana; pero la nobleza, la honradez, el amor que irradian de Guillermo la devueiven el brillo. Y hé aquí también demostrado que es una verdad lo que dijo Sócrates, que solo en el hombre encuentra la mujer el verdadero amigo.

La tendencia principal de la obra es demostrar los funestos efectos que producen los malos libros puestos en manos de la mujer. La autora no cita nombres, pero demasiado se comprende que el ataque va muy bien dirigido contra Jorge Sand, que ha sido la principal propagadora de esas utopías tan falsas como seductoras. Aurora Dudevant ha hecho más daño á su sexo que todos los sabios y moralistas que desde la antigüedad vienen haciéndole una encarnizada guerra. Estos, con sus diatribas, no han conseguido corregir de sus defectos á la mujer; y ella, con sus amistosos consejos, ha logrado hacerla depravada. Dice muy bien Angela Grassi, poniendo en boca de Clotilde estas palabras: "¡Oh, que estos innobles y degradados libros no fueran quemados en la plaza pública por la mano misma del verdugo!" ¡El verdugo pone el dogal al cuello del asesino que ha matado á un hombre, y deja libres á esos autores nefandos que asesinan á millares de familias! ¡La sociedad se asusta de una gota de sangre derramada, y no se asusta de un Océano de lágrimas que puede sepultarla en sus abismos!"—Esta indignación está perfectamente justificada.

Refutar una á una las falsas teorías desenvueltas en esos malos libros, que empiezan diciendo que la virtud es un mito, y concluyen negando la existencia de Dios, es una tarea noble y levantada que las que escriben obras como *El Copo de nieve* llevan á cabo. La autora de esta novela ha hecho su libro á la vez interesante y útil. Lo primero, porque ha sabido imprimirle en personajes y escenas esa verdad, ese realismo, diremos mejor, que constituye la belleza.

Quizá exista algún crítico pesimista que la ataque por falta de lógica en algunas situaciones. El que tal haga, mirando la obra sola en sí, en su estructura, en el desarrollo del plan, hará caso omiso de que representa un estudio verdad del corazón humano, y el corazón humano es lo más ilógico que posee la criatura. Y aquí vuelve á presentarse otra vez, aunque bajo distinto aspecto, el problema de que antes hicimos mención. No volveremos á él; árdua tarea sería engolfarnos en ese proceloso mar que la filosofía surca afrontando las tempestades de la vida en busca de la felicidad, cuando dice muy bien la autora: "la felicidad es un copo de nieve que si toca al suelo se convierte en lodo."

Necesitaríamos escribir muchas cuartillas si habíamos de hacer resaltar la bondad y belleza del libro que nos ocupa. Reasumiendo, sólo dirémos, que debe ser leído por todos, no sólo porque está escrito por Angela Grassi, sino porque es como esas privilegiadas flores que con sus suaves perfumes deleitan á todos inundando el alma de alegría y bienestar.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

### ¡PATRIA!

A LA STA. DOÑA MARÍA RODRIGO MEDINA.

El disio amoroso, che mi tira  
verso 'l dolce paese c'ho lasciato.

DANTE.—*La vita nuova*.

Muestra la flor nocturna sus colores,  
Llega vagando el céfiro gentil,  
Suenan besos de céfiro y flores;  
Y canta dichas y murmura amores  
La fuente del pensil.

Tiende el amante ruiseñor el vuelo  
Al nido, templo oculto de su fé,  
Y lo halla, y canta en él con loco anhelo  
—Mi vida es gloria y es mi nido un cielo,  
Amando moriré.

Es de belleza exagerado alarde  
Del sol poniente el postrimer fulgor,  
Cuando entre espumas y entre nubes arde;  
Naturaleza al espirar la tarde;  
Triste muere de amor.

Y yo, que siento arder mi fantasía,  
Que tengo corazón, y que sé amar;  
Dejo que vague el alma á su porfía,  
Pero no encuentra por desdicha mía  
Una flor que besar.

Lejos, muy lejos de mi amada tierra  
Miro espirar las tardes con dolor;  
Me ahoga esta llanura y esta sierra,  
Volvedme al nido que mi patria encierra  
O moriré de amor.

J. L. ESTELRICH.

### EN LA TUMBA

DE MI QUERIDA HERMANA,

LA SEÑORA MERCEDES FOMBONA DE ZEREGA.

Ven, dulcísimo llanto,  
Y tu consuelo en mi aflicción prodiga,  
Que es tu raudal el lenitivo santo  
Que las punzadas del dolor mitiga.

Ven, que mi pecho herido  
Ya siento al golpe del pesar agudo,  
Al ver en esta tumba un ser querido  
Á mis clamores y mis quejas mudo.

Sér con quien otros días,  
De mi vida en la dulce primavera,  
Compartí las serenas alegrías  
Que coronan la infancia lisonjera.

La hermana que mis ojos  
Vieron después, ornada de azahares,  
Dando su corazón, puesta de hinojos  
Á la orilla de místicos altares.

La que puro dechado  
De alta virtud y de cariño tierno,  
Entregó de su vida el don sagrado  
En holocausto del amor materno.

Y de tanta hermosura,  
De tanto afán, de sacrificio tanto,  
Sólo queda una triste sepultura  
Y una memoria, manantial de llanto..

¡Oh! tú, prenda adorada,  
Hermana de mi amor, casta paloma,  
Que abandonaste el nido, fascinada  
Por una luz que tras la muerte asoma;

Escucha los gemidos  
Que en este umbrío valle de amargura  
Levantán esos seres doloridos  
Que para tí soñaban la ventura.

Mira tu hogar dichoso  
Envuelto en sombras de perpétuo luto;  
Mira tu padre, tu adorado esposo  
Dando al pesar en lágrimas tributo.

Dos ángeles te llaman,  
Dos ángeles que cruzan por la tierra,  
Y ese afecto solícito reclaman  
Que sólo el alma de la madre encierra.

Y en tanta pesadumbre,  
Y ante este cuadro de profundo duelo,  
¿No bajaré de la celeste cumbre  
Un rayo de esperanza y de consuelo?

Sí, que en dolor tan hondo  
Se nubla el alma, la razón vacila;  
Mas del sepulcro en el oscuro fondo  
Busca un rayo de luz nuestra pupila.

Y tras el polvo inerte,  
Y entre las sombras de la huesa fría,  
La fe que abriga nuestro pecho, advierte  
La eterna lumbré del eterno día.

Y en medio al desconsuelo  
Que nos deja la ausencia del que amamos,  
Esa esperanza nos señala el cielo  
Y al inmenso dolor nos resignamos.

Que la mano divina  
Al dar al hombre llanto y amargura,  
Dióle la fe, que á la razón domina,  
Y que la dicha sempiterna augura.

MANUEL FOMBONA PALACIO.

Marzo 25 de 1878.

No hemos podido resistir al deseo de que nuestras lectoras conozcan el siguiente bellísimo artículo, publicado por nuestro estimado colega *El Parlamento*, y que tan provechosas enseñanzas encierra para las madres de familia. Al mismo tiempo nos complacemos en enviar á su autor la más cumplida enhorabuena.

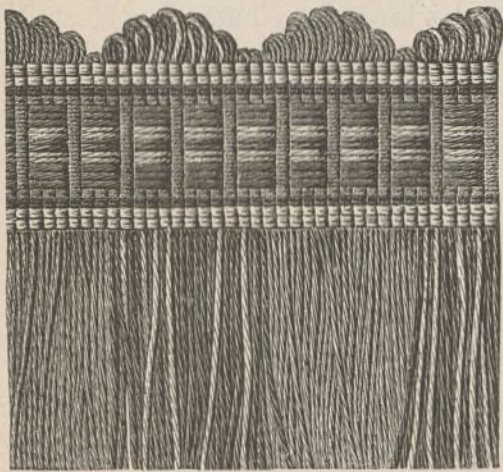
### LA HORA SUPREMA.

Era un matrimonio perfecto; ambos ricos, nobles, jóvenes, hermosos, inteligentes; ella activa sin tocar en or-



gullosa; él sabiendo hallar el justo medio entre la dignidad elevada del hombre y la desdenosa indolencia del aristócrata de nacimiento.

Cecilia, siempre halagada, rodeada por una corte numerosa de aduladores, encontrando de continuo ante sí miradas atentas á sus menores deseos y manos solícitas para complacerlos, cruzaba triunfalmente la



10. Galon con fleco para muebles.

vida entre el rumor de las músicas, entre el susurro de las lisonjas, entre el humo perfumado del incienso.

Luis, acosado de parásitos y amigos complacientes, perseguido por falanges de mujeres hermosas, aplaudido, festejado, solicitado para que se dignase aceptar honores que su nombre honraba, sentía ya en la copa de oro que la vida acer-

caba á sus labios el punzante sabor de un prematuro hastío.

¿Qué faltaba á su dicha? ¡Nada! y era tan profundamente feliz, que en algunos momentos se encontraba profundamente desgraciado.

Nada deseaba, nada le divertía, nada ocupaba su corazón ni su mente; el casino, el carruaje, la querida, el baile, la mesa coronada de flores, de vinos exquisitos y de amigos alegres; siempre lo mismo, todos los días igual... ¡Qué hastío!

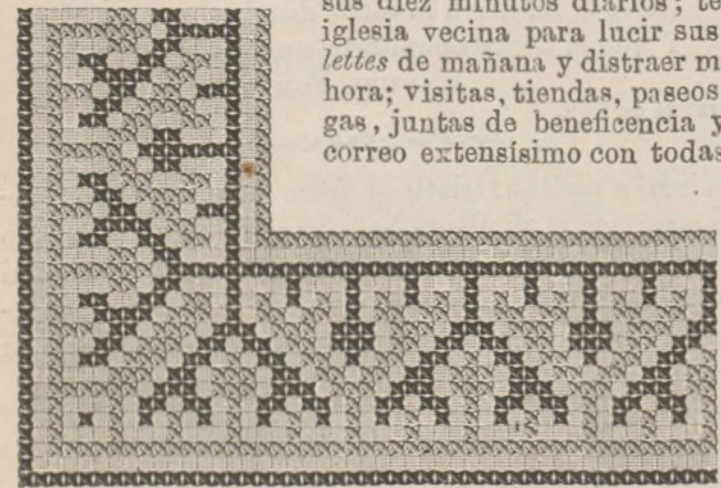
Era cristiano, ó por lo ménos estaba bautizado y no renegaba de la religión de sus padres; espíritu demasiado culto, talento claro y elevado, no caía en la imperdonable falta de negar ó dudar, pero...

no practicaba; si los deberes de sus cargos sociales, ó la necesidad de sus caprichos galantes, le conducían alguna vez á un templo, se reclinaba contra un muro, y con la mirada perdida en el espacio y la blanca y fina mano acariciando distraída su barba rubia, se ensimismaba en los recuerdos más agenos posibles á aquel santo lugar. Se había abusado tanto de su paciencia y desventura, bajo el nombre de la caridad, que ya esta palabra no despertaba en él sino una sensación penosa y repulsiva.

En suma; no era ateo, sino peor que esto, indiferente. Y era indiferente para todo: como marido, apenas si recordaba á su bella Cecilia fuera de las horas de comer cuando se dignaba comer en casa, ó en los

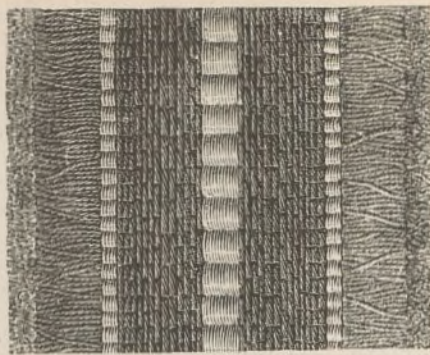
grandes bailes, si Cecilia le comprometía á acompañarla y llegaba la hora precisa de buscarla por los salones, para retirarse. Como padre, no rechazaba el encanto de prodigar sus besos al pequeño querubín rubio que le tendía los brazos balbuceando graciosas frases casi ininteligibles, pero así, de vez en cuando, buenamente, cuando le encontraba al paso al salir ó al entrar. Y por término medio, una ó dos veces al mes.

Cecilia era más feliz porque se aburría ménos; en primer lugar, tenía afecto al niño, que su aya le traía todas las mañanas á su habitación, y le ocupaba muy bien sus diez minutos diarios; tenía la iglesia vecina para lucir sus toilettes de mañana y distraer media hora; visitas, tiendas, paseos, amigas, juntas de beneficencia y correo, correo extensísimo con todas las modistas y modistos más afamados del globo; en fin, se encontraba siempre mucho y muy bien ocupada.



18. Cenefa para el tapete núm. 2.

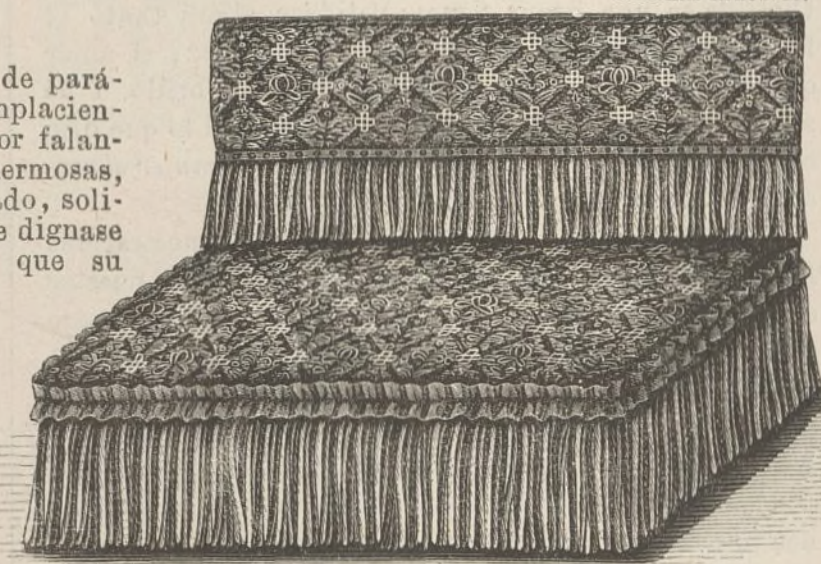
Infeliz, verdaderamente infeliz, solo el pequeño Fernando; viviendo con los que le habían dado el sér, no conocía ni las ternuras celestiales de una ma-



8. Galon para adornar muebles.



9. Galon con medallones para adornar muebles.



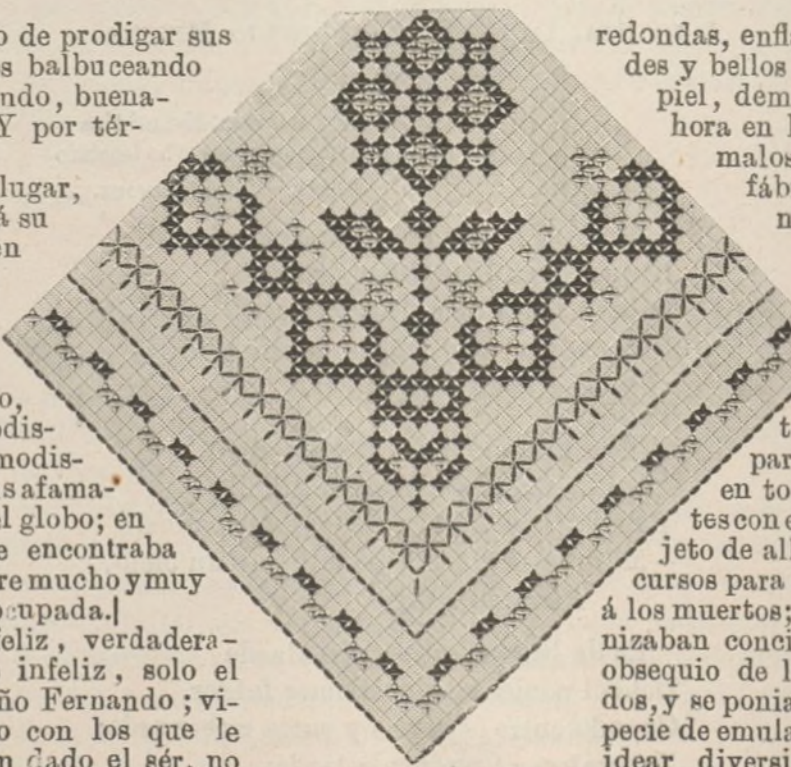
12. Divan otomano. (Véanse los núms. 13 y 14).



16. Cenefa sin revés ni derecho para colchas ó tapetes.



13. Bordado en tela alamacada para el divan núm. 12.



17. Dibujo sin revés ni derecho para el tapete núm. 2.

dre ni los cuidados inteligentes de un buen padre; solo, triste, entregado á los etiqueteros rigorismos de un aya inglesa, fría y severa para él; aprisionados sus delicados piececillos en botas estrechas, y sus manitas, tan blandas y tan finas en estirados guantes, debilitándose bajo las perlas de sudor con que esmaltaba su cuello y su frente, la rica crencha de cabellos rubios tendidos como cascada de oro por hombros y espalda; juicioso siempre y quieto, para no descomponer los pliegues de su ancha faja de seda ó de su rico vestido bordado, gozando por única sociedad los chistes groseros del lacayo y las insulsas vanidades de la doncella; sin libertad, sin espacio, sin alegría, sin ternuras, sin juegos ni placeres, era su existencia la existencia del mártir y el esclavo.

Es tan universal y perenne la sabia ley de compensaciones, que así como el hombre pobre envidia siempre al hombre rico cuyas amarguras secretas desconoce, así el niño rico envidia siempre también al niño pobre, cuya vagabunda libertad le fascina, sin comprender la miseria que tras de ella se oculta. Y es que el alma humana, dotada de dobles alas, siente la aspiración perpétua hacia esas grandes dichas y supremos gozos que llama la riqueza y la independencia. Metas de oro, faros de luz, brillante y atractiva entre las sombras nebulosas de lo porvenir, y luego pálida, incierta, desdenada ante la luz deslumbradora de la realidad.

Sea como quiera, nuestro pobre Fernando no era dichoso; su sér entero se rebelaba inconscientemente contra la tiranía bárbara del lujo y de las prácticas sociales; sus nervios se excitaban sin causa, y de aquí las rabietas imotivadas y las pequeñas convulsiones que concluían en humildes abatimientos; su aya aseguraba que el niño era dócil, pero colérico, y su madre le reñía gravemente este defecto mientras ensayaba al espejo el color de una flor en sus cabellos ó extendía con rápida pluma sobre el satinado papel una invitación para el teatro, dirigida á una amiga.

Y no era colérico, no, el pobre Fernando, sino débil y nervioso nada más; sus mejillas, antes duras y redondas, enflaquecían y palidecían rápidamente; sus ojos azules tan grandes y bellos, ibanse volviendo tristes y amortiguados; alguna noche su piel, demasiado ardorosa, hacía recordar la fiebre; el niño decaía de hora en hora. Cecilia, ocupadísima por entonces, no se fijaba en estos malos síntomas. Había una catástrofe de moda; el incendio de una fábrica catalana que al reducirse á pavesas, envolvió entre sus muros calcinados el alimento y la esperanza de un centenar de obreros; unos habían perecido víctimas del mismo incendio; otros se encontraban heridos, y otros muchos en la más horrible penuria; al relato de este siniestro, Madrid entero se estremeció de espanto, y pueblo esencialmente filantrópico, se puso á divertirse con ardor para remediarlo. Se bailaba de continuo y en todas partes con el pio objeto de allegar recursos para enterrar á los muertos; se organizaban conciertos en obsequio de los heridos, y se ponía una especie de emulación, en idear diversiones en recuerdo de los sollozos y las amargas pe-

redondas, enflaquecían y palidecían rápidamente; sus ojos azules tan grandes y bellos, ibanse volviendo tristes y amortiguados; alguna noche su piel, demasiado ardorosa, hacía recordar la fiebre; el niño decaía de hora en hora. Cecilia, ocupadísima por entonces, no se fijaba en estos malos síntomas. Había una catástrofe de moda; el incendio de una fábrica catalana que al reducirse á pavesas, envolvió entre sus muros calcinados el alimento y la esperanza de un centenar de obreros; unos habían perecido víctimas del mismo incendio; otros se encontraban heridos, y otros muchos en la más horrible penuria; al relato de este siniestro, Madrid entero se estremeció de espanto, y pueblo esencialmente filantrópico, se puso á divertirse con ardor para remediarlo. Se bailaba de continuo y en todas partes con el pio objeto de allegar recursos para enterrar á los muertos; se organizaban conciertos en obsequio de los heridos, y se ponía una especie de emulación, en idear diversiones en recuerdo de los sollozos y las amargas pe-



19. Cenefa para el tapete núm. 2.



un buen padre;  
rigorismos de  
visionados sus  
y sus mani-  
s guantes, de-  
que esmalta-  
a de cabellos



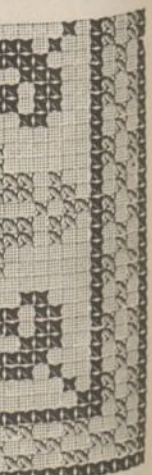
ara muebles.

libertad, sin  
egos ni place-  
mártir y el es-

y de compen-  
sación siem-  
o cuyas amar-  
esconoce, así  
idia siempre  
pobre, cuya  
ad le fascina-  
a miseria que  
alta. Y es que  
a, dotada de  
te la aspira-  
cia esas gran-  
premos goces  
eza y la inde-  
de oro, faros  
e y atractiva  
as nebulosas  
rta, desdeña-  
realidad.

Fernando no  
inconsciente-  
lujo y de las  
prácticas so-  
ciales; sus  
nervios se ex-  
citaban sin  
causa, y de  
aquí las ra-  
bietas inmo-  
tivadas y las  
pequeñas con-  
vulsiones que  
concluían en  
humildes  
abatimien-  
tos; su aya  
aseguraba  
que el niño  
era dócil, pe-  
ro colérico, y  
su madre le  
reñía grave-  
mente este de-  
fecto mien-  
tras ensayaba  
al espejo el  
color de una  
flor en sus ca-  
bellos ó ex-  
tendía con rá-  
pida pluma  
sobre el sati-  
nado papel  
una invitación  
para el teatro,  
dirigida á una  
miga.

ando, sino de-  
antes duras y  
ales tan gran-  
una noche su  
ño decaía de  
ijaba en estos  
endio de una  
vió entre sus  
n centenar de  
mo incendio

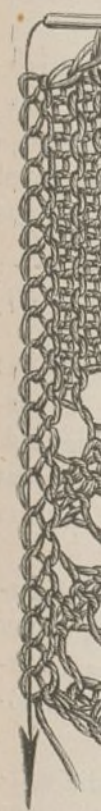


EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*

Calle de la Montera, número 41, Madrid.



nas del  
desgra  
Ceci  
radame  
enferm  
á poco  
niño, c  
ya aba  
brusca  
de la v  
te, vol  
cion y  
Ordene  
tas, me  
negativ  
era su  
largos,  
vano; l  
cito á l  
lentame  
meras a  
Ceci  
momen  
era muj  
únicam  
que era  
dre; de  
sierto s  
cador  
abrir s  
bre su  
sa las  
vitacion  
de bail  
las car  
frivola  
de tod  
los dia  
olvidad  
cos traj  
dado el  
entero.  
Luis  
horas in  
bles ser  
su cua  
mando  
no, solo  
vil, sin  
su dolor  
sis más  
Cecilia,  
propia a  
Las r  
ella desc  
á paseo,  
exterior  
gustia m  
—Est  
debilida  
este ma  
á ver al



¿qué hor  
más... r  
impulsa  
pia volu  
del enfe  
las de  
desolada  
Era á  
los mil  
Madrid;  
quedo ja  
tacione  
de Cecil  
y del ni  
ocupaba  
el piso  
principa  
las vent  
nas se  
abrian s  
bre el po  
terre y  
ambien  
puro y



nas del alma que afligian á aquellos desgraciados.

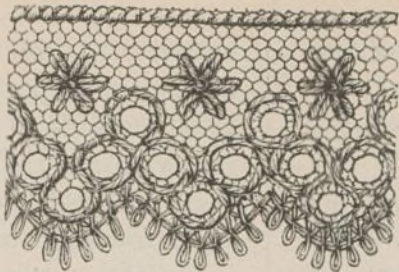
Cecilia se divertía, pues, desesperadamente para ganar el cielo, y la enfermedad de Fernando iba poco á poco ganando terreno; un día el niño, devorado de fiebre, no pudo ya abandonar el lecho, y la madre, bruscamente llamada á la realidad de la vida por aquel triste incidente, volvió de pronto toda su atención y todo su interés sobre el hijo querido, aunque abandonado. Ordene V. cuanto quiera, cuanto sea preciso, decía al doctor; juntas, medicamentos, baños, viajes... todo se hará. El doctor movía negativamente la cabeza. Todo se hará, todo se hará, repetía; pero era su acento inseguro, sin fé ni confianza. Y se pasaban los días largos, iguales, y se ensayaban sistemas y medicamentos... todo en vano; Fernando, cada vez más débil, entregaba su cuerpecito á la postracion más incurable, y su vida se extinguía lentamente, suavemente, como una estrella tardía en las primeras alboradas de la aurora...

Cecilia en aquellos momentos olvidó que era mujer para recordar únicamente que era madre; dejó desierto su tocador, sin abrir sobre su mesa las invitaciones de baile y las cartas frívolas de todos los días; olvidados sus ricos trajes, olvidado el universo entero.

Luis pasaba horas interminables sentado en su cuarto, fumando, taciturno solo, inmóvil, sin salir de su doloroso éxtasis más que para levantarse y pasar á la habitación del niño, donde Cecilia, al lado de la cuna, expiaba incesantemente los progresos de su propia agonía sobre el rostro demacrado del bello angelito.

Las miradas de ambos se cruzaban: la de él interrogadora, la de ella desolada. Entonces Luis tomaba su sombrero, salía, iba al casino, á paseo, á cualquier parte, necesitado de movimiento físico, de ruido exterior y de olvido, pero escuchaba sin oír, miraba sin ver; una angustia mortal oprimía su garganta, y se decía interiormente:

—Esto es necio; el niño no tiene nada, y ese médico es un farsante; debilidad, nervios, cauciones de niño... ¡nada! ¡vamos! quiero sacudir este marasmo que se ha apoderado de mí; voy á ver al conde, al Congreso, á cualquier parte;



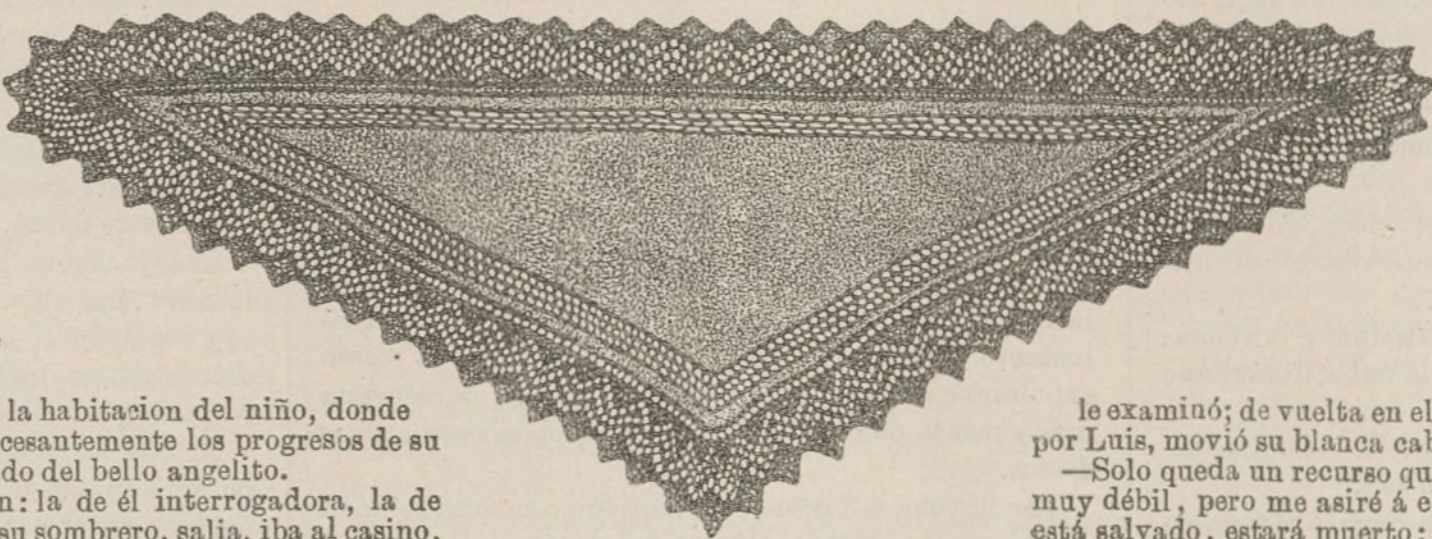
20. Puntilla bordada en tul.



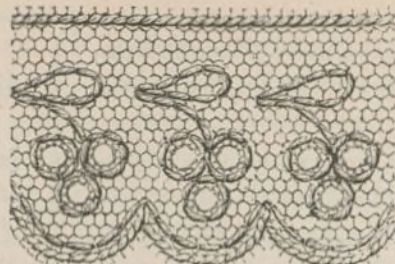
24. Pañuelo-fichú de punto. (Véanse los núms. 25 y 26).



22. Sombbrero capota de paja.



25. Pañuelo-fichú. (Véanse los núms. 24 y 26.)



21. Puntilla bordada en tul.

la noche en la habitación de Fernando; este sol que se oculta es el último para él...

Luis se puso pálido, é instintivamente se apoyó en un sillón para no vacilar.

—Pero la ciencia, balbuceó con voz ahogada, la ciencia no dice nunca la última palabra; ¡luchemos!

—Sí, lucharemos; lo intentaré todo; ya he avisado también á mi compañero Martínez, pero ¡ay! en casos como este, el único médico posible es Dios.

Luis quedó petrificado; también él atravesaba una horrible crisis, sufría un calvario intolera-

ble, tanto más espantoso cuanto que Luis, como sabemos, carecía de los altos consuelos y de la sublime fuerza que sostiene al hombre cristiano.

La entrada del doctor Martínez imprimiendo á su voluntad una sacudida violenta, le devolvió un poco de vida y de energía. Pasaron todos á la habitación del enfermo, y Martínez

le examinó; de vuelta en el despacho é interrogado ausiosamente por Luis, movió su blanca cabeza como había hecho su compañero.

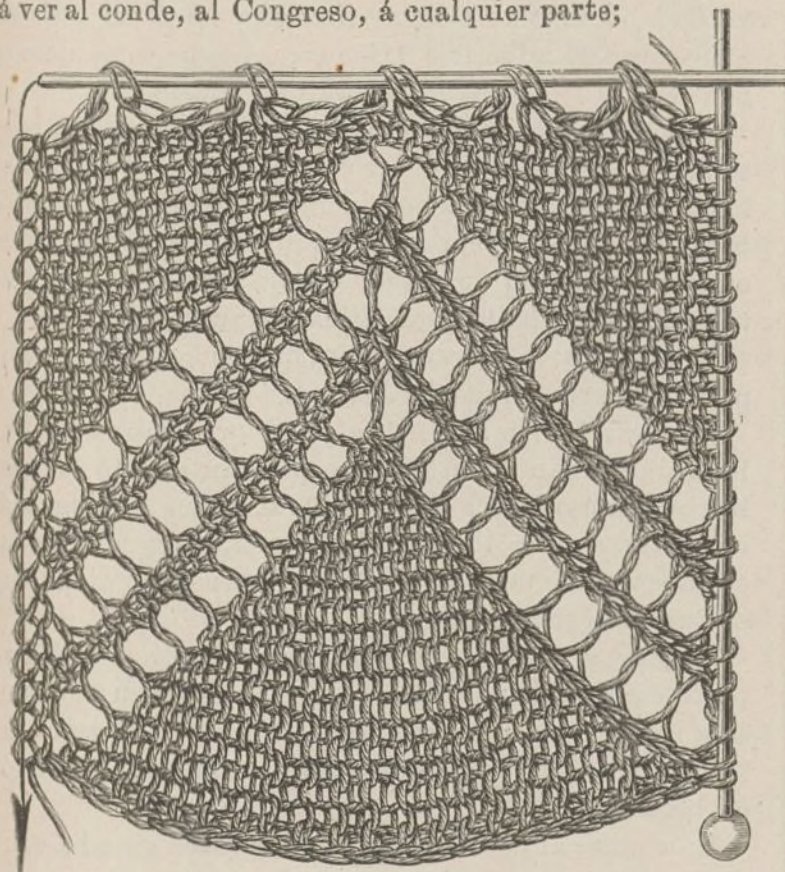
—Solo queda un recurso que intentar; tengo en él una esperanza muy débil, pero me asiré á ella; si dentro de una hora el niño no está salvado, estará muerto; esta es la hora suprema.

Y ambos doctores volvieron al lado del enfermo.

Luis bajó al jardín; era ya noche completa, y vivas estrellas esmaltaban un cielo puro, diáfano, azul, sin nubes ni luna; morían á lo lejos los ruidos de la población, y los árboles de la alameda próxima proyectaban su sombra en la verja del pequeño jardincillo; solo, en la angusta serenidad de la noche, Luis oía claramente los gemidos de angustia de su propio corazón; sentía dentro de sí como



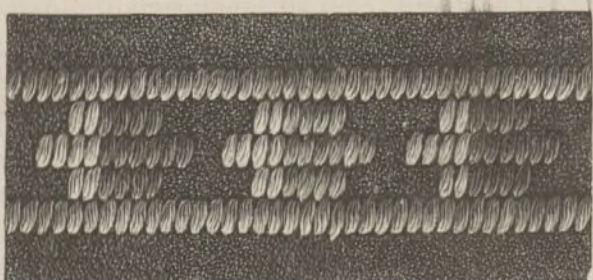
23. Sombbrero de tul y encaje.



26. Puntilla y fondo del fichú núm. 24.

¿qué hora es? ¡tan tarde! no, ya no es posible, además... no tengo humor... ¡Juan, á casa! Y se volvía impulsado por una fuerza íntima y superior á su propia voluntad; volvía inquieto y angustiado al cuarto del enfermo, y de nuevo sus miradas se cruzaban con las de Cecilia, las de él interrogadoras, las de ella desoladas.

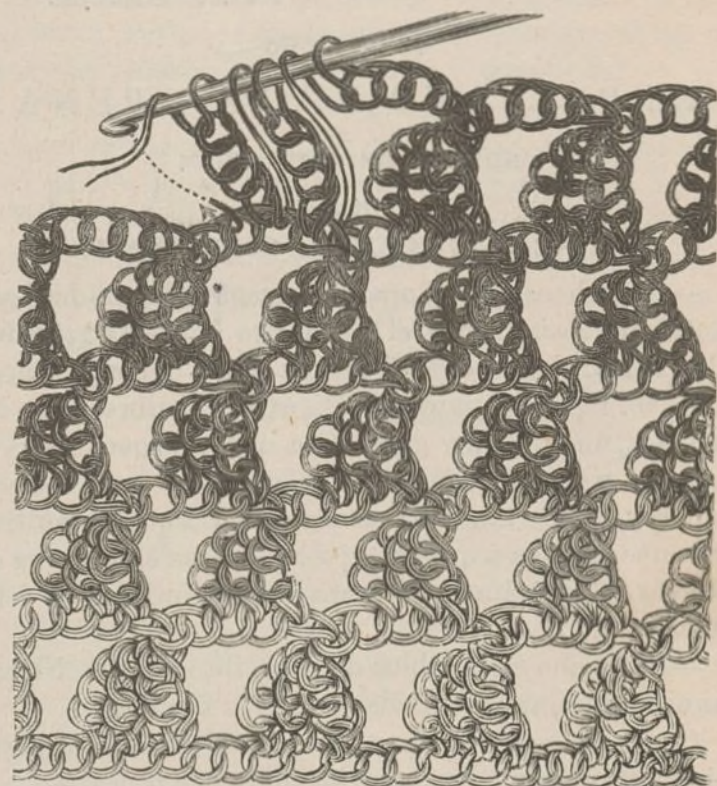
Era á mediados de Junio; habitaban un hotel de los mil recientemente construidos en el ensanche de Madrid; estaba bastante aislado y le rodeaba un pequeño jardín y más allá campo y horizonte; las habitaciones de Cecilia y del niño ocupaban el piso principal; las ventanillas se abrían sobre el parterre y un ambiente puro y



28. Cenefa para el tapete núm. 4.



30. Fichú de tul negro.



27. Puntilla de crochet para pañuelos de punto.

algo que desgarraba sus entrañas; un dolor agudísimo y embotado á la vez; su mente luchaba contra la luz extraña que venía á deslumbrar el caos de sus pensamientos; quería gemir y no le era posible; creía hablar, y la voz resonaba en su pecho, pero sus labios permanecían mudos.

Una desesperación ardiente se apoderó de su ser entero; á todas las sensaciones angustiosas que le dominaban se unía, superándolas, una profunda sensación de terror, se encontraba tan sólo frente á frente de su dolor, tan impotente contra el poder inflexible

que venía á arrebatarse á su hijo, tan abandonado de todos y de todo aquí en la tierra, tan misero, tan pequeño y tan infeliz á la vez que desatinado,



29. Cenefa para el tapete núm. 3.



loco, obedeciendo á una presion extraña y potentísima, cayó de rodillas tendiendo los brazos y balbuceando con voz ahogada:

—¡Señor! ¡Dios mío! ¡creo en vos, espero en voz! ¡Dios mío! ¡salvado! ¡salvado! Y cubriéndose el rostro con las manos, rompió en convulsivos sollozos, doblegado sobre sí mismo, vencido, humillado bajo el peso de la aflicción...

¡Cuánto tiempo permaneció así! Hay minutos que son un siglo; hay horas que pasan sin dejar recuerdo como un desvarío soñado. De pronto, una ventana se abrió con estrépito, encima de Luis; la voz de Cecilia, voz alterada y trémula, le llamó dos veces con angustiosa precipitación, y la ventana se cerró. Luis subió y entró en el cuarto de su hijo, como una flecha lanzada al través del espacio; pero en el mismo umbral de la puerta le detuvieron los brazos de Cecilia. Cecilia lloraba, lloraba... pero en sus ojos, iluminados por una alegría sobre humana, brillaba el alma de la madre que ha recuperado todo su bien.

—Salvado, ¡salvado! abre los ojos... ¡me conoce! me ha llamado... Dios, ¡ay! Dios, ¡qué grande y piadoso es!...

Quince días después, Cecilia, con su hijo en brazos, Luis y el doctor, se hallaban reunidos en la habitación de la primera. Fernando, todavía pálido y débil, pero más lindo y más gracioso que en sus buenos tiempos, se apoyaba contra el seno de su madre, como un pajarillo que se oculta bajo el ala, y sonreía á su padre que le contemplaba embebecido.

—Sí, señora, proseguía el doctor gravemente; vestidos flojos y cómodos, aire puro de la montaña, soledad, libertad, y que su aya...

—Su aya, interrumpió Cecilia sonriendo, salió anoche para su país; de aquí en adelante su aya soy yo.

—En ese caso retiro mi anterior vaticinio; la convalecencia, en vez de tres meses que yo la daba, durará uno con tan exquisitos cuidados.

—Sé, pues, diligente, dijo Luis; antes de ocho días debemos partir, si tus modistas lo permiten.

—Mis modistas no toman al presente parte alguna en mis planes. Y añadió bajando los ojos y ruborizándose como una colegiala; en aquella hora suprema ofrecí un año de hábito.

—¡Hora inolvidable! en ella tú recobraste á tu hijo y yo... repitió con acento quedo y conmovido, yo... ¡mi hijo y mi fé!

CÁRLOS HERALT.

## EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

—¡Va á hacer V. ahora mi panegírico como ha hecho ántes indirectamente el del pobre Nicasio? refunfuñó Gámbara tratando de disfrazar su cólera con una sonrisa.

—No, repuso Genoveva; V. es un hombre como hay muchos, un tipo muy general en nuestra época; pero los males y perturbaciones que puede traer á la sociedad nunca serán de tanta trascendencia, porque la multitud le conoce y sabe á qué atenerse, mientras él se cubre con el velo del anónimo para esparcir la simiente de falsas doctrinas...

—Creía que unos lábios de rosa, interrumpió Nicasio, nunca pudieran pronunciar palabras tan duras.

Genoveva se turbó de nuevo: en su generosa indignación había ido mucho más lejos de lo que pensaba.

—Ruego á Vds. que me perdonen, exclamó con nobleza tendiéndoles ambas manos; reconozco que soy culpable, y aunque Vds. han particularizado la cuestión, que yo trataba en tésis general, no es por eso menos cierto que hubiera debido hablar con más mesura.

Por fortuna Eugenio llegó en aquel instante.

—¡Venga V. Genoveva, venga V.! gritó desde lejos. La señora está furiosa... Marcela ha tenido la imprudencia de enseñarla una de las caricaturas, y rompe todos los muebles y amenaza poner fuego á la casa... Venga V., por Dios, á ver si su presencia consigue apaciguarla.

Genoveva le siguió apresuradamente.

Gámbara y Nicasio la imitaron.

¿Qué hacía entre tanto Cláudio?

Estaba agazapado entre el follaje y tapaba la boca á su hermano, que le decía con angustia:

—¡No es verdad, Cláudio, que Genoveva no te quiere? ¡No es verdad que no te quiere? ¡Cómo se enrojecían sus mejillas al hablar de ti! ¡Cómo brillaban sus ojos! Dime que no te quiere, porque esa idea me abrasa el corazón, me vuelve loco...!

—Y loco estás, sin duda, al pensar eso, balbuceó Cláudio lleno de turbación. Y además, ¿qué te importa?

—¿Qué me importa? No lo sé... ¡Sólo sé que preferiría la muerte á saber que ella te amaba!

—¡Amarme! exclamó Cláudio aterrado: ¿qué es lo que dices, niño? No, no, estás loco y me vuelves loco á mí. Ves, añadió señalando con su mano el disco del sol, ves ese bello astro que ilumina el universo? ¿Crees que sería posible que se enamorase de una humilde flor escondida entre la grama? Pues yo soy la flor, hermano, y el sol es Genoveva!

—Pues si tanta distancia hay de ti á ella, ¿qué será yo á sus ojos? suspiró en voz baja Nicolás.

—¡Tú! murmuró Cláudio con sorpresa, ¡tú!

Miró á su hermano frente á frente, y su sorpresa creció hasta lo infinito. Aquel á quien por costumbre miraba como á un niño, era un hombre. Su actitud era grave, su fisonomía varonil, en sus ojos brillaba el fuego de las pasiones que la virilidad enciende en el pecho de los jóvenes.

Quedó anonadado, confuso; no supo qué decir.

Pocos minutos después, ámbos volvieron á la casa cabizbajos y silenciosos.

Una nube había venido á entoldar repentinamente el cielo de su fraternal cariño.

## CAPÍTULO VII.

UN OBSTÁCULO IMPREVISTO.

Las pasiones violentas, son como las tempestades que todo lo destruyen, y si producen algún bien á la naturaleza, nunca devuelven su lozanía al árbol tronchado, al campo que han dejado yermo.—X.

Cuando Genoveva llegó al sitio en donde se hallaban Cándida y su padre, creyó que la primera había perdido la razón, tan violento era el acceso de su cólera. En aquel instante estaba exigiendo que los dos culpables fuesen expulsados ignominiosamente de la casa, y la enfurecía más y más la débil resistencia que Mendoza oponía á sus deseos.

Por fortuna la joven accedió á tiempo en auxilio de su padre, y cosa extraña, ella tan dulce, tan sumisa, y casi tan indiferente siempre, como el día en que fué recibido Cláudio por vez primera en su casa, se revistió de una autoridad inusitada, desplegó tal energía en defensa de sus protegidos, demostró la inconveniencia de tomar un partido violento, en términos tan absolutos é imperiosos, que su padre, puesto en un horrible conflicto, entre la que estaba acostumbrada á dirigir todas sus acciones y su hija, no supo qué resolver.

Cándida fuera de sí al hallar de repente coartados sus deseos por una voluntad de hierro, temiendo verse pospuesta á aquella á quien hasta entonces había tratado como á una niña, salió del aposento cerrando tras sí la puerta.

Mendoza respiró al hallarse con un enemigo ménos.

—Vamos, hija mía, dijo á Genoveva con tono conciliador; ¡conozco que tienes razón! Acaban, como quien dice, de llegar, invitados por nosotros, y no es justo que se les despidan por una travesura de niño. Por cierto que el tal muchacho es audaz; pero confieso que me hace gracia. Vamos, sosiégate, no se hable más de esto. Cándida es buena en el fondo y se apaciguará. Nicasio, ¿quiere V. acompañarme? Estoy seguro que V., con su elocuencia, sabrá hacerla entrar en razón.

Aceptó la extraña invitación Nicasio, entre sorprendido y confuso, y el banquero, que adivinó su pensamiento, le dijo en voz baja mientras ámbos se dirigían al aposento de la señora.

—¡Quiere V. creer que me he vuelto cobarde, y que la sola idea de tener una escena violenta con ella, me hace temblar de pies á cabeza? ¡He tenido tantas que ya me voy cansando! Empecé á tratarla como á un juguete, y ahora soy juguete de sus antojos.

Yo aborrezco en sumo grado las escenas de melodrama, y se suceden las unas á las otras, por la más pequeña cosa, por el más frívolo motivo. ¡Ah! V. no sabe cuán pesadas son estas cadenas que se forjan en los primeros años de la vida, creyendo poder romperlas cuando se nos antoje, y luego nos sujetan con indecible fuerza! Yo solo sé cuántas pesadumbres me ha costado ese lazo que yo anudé riendo, sin pensar que jamás podría volver á desatarlo. No contraiga V. relaciones de esa especie, Nicasio; siga V. el consejo de aquel á quien ha encanecido la experiencia, y ántes de turbar la paz de una mujer, piense V. en las funestas consecuencias que ese crimen le traerá consigo, porque está escrito: el que á hierro mata á hierro muere!

Una de esas tristes consecuencias es el desvío con que me veo obligado á tratar á mi única hija, y la otra es

soportar la presencia de ese Gámbara y aun obsequiarle á pesar mío, porque sobre ser el favorito de Cándida, él es el que anduvo en el negocio de las casas que cedí á esa mujer en perjuicio de mi hija, y temo que revele á ésta cosas que prefiero no sepa. Estoy deseando que mi Genoveva se case, para librarla del yugo de esa mujer grosera, y temo quedarme solo; sí, lo temo, porque me va á tiranizar completamente.

Créame V., Nicasio, si encuentra V. en su camino á una mujer, que por cualquier estilo que sea, le subyugue, examine V. si reúne las condiciones precisas para llevar su nombre, y cásese con ella ó pase de largo.

El matrimonio nos trae á casa una amiga que cuida de nuestra salud y de nuestros intereses; las relaciones ilícitas nos traen una enemiga que especula sobre nuestra vida y nuestra muerte, y quizás abrevia la primera, para gozar de lo que nos ha quitado después de la segunda.

El banquero al hablar así tenía un aire tan triste y solemne al mismo tiempo, que Nicasio se sintió enternecido, y cuando llegó delante de la enfurecida matrona, procuró desplegar todas las galas de su elocuencia para apaciguarla y convencerla.

Mendoza apoyó sus razones con otras mucho más positivas y más del gusto de Cándida que se pagaba poco de almiaradas retóricas, y entre ámbos consiguieron que á la hora de comer fuese á ocupar su asiento á la derecha de Cláudio, con toda la magestad de una reina, sólo que había suprimido la famosa escofeta azul y el vestido blanco.

Pasáronse otros quince días, más rápidos aún que los primeros, sin que ningún incidente desagradable viniese á conturbar la apacible calma que reinaba en aquel escondido asilo.

Así era, á lo ménos en la apariencia; porque un profundo observador hubiera observado los relámpagos precursoros de la tempestad bajo aquella calma.

La curación de Nicolás era completa, y Genoveva que la creía obra suya, al contemplarle tan ágil, tan vigoroso y tan bello, sonreía de orgullo, como sonreía una madre al contemplar la gallardía de su hijo, porque el afecto que le profesaba era verdaderamente maternal.

Nicolás había conseguido el objeto que se había propuesto al realizar su travesura: sacudir el yugo de la señora y acercarse á Genoveva. Ya no permaneció en casa por las noches, temerosos todos de que el rencor de Cándida promoviese una escena; ya no estuvo colocado á su lado en la mesa, ni obligado á sostener con ella largos coloquios y á contestar á sus indiscretas preguntas.

Fingiéndose un espanto, que el atrevido mancebo á la verdad no sentía, siempre buscaba en él un pretexto plausible para adherirse á Genoveva, como se adhiere la hiedra al árbol que la dá su savia y su frescura.

Genoveva, por su parte, incapaz en medio de su inocencia de prever los peligros que envolvía aquel trato íntimo, con el que ella consideraba un niño, y sin embargo era un hombre, seguía con ingenua confianza aquel camino sembrado de rosas, debajo de las cuales más adelante podía hallar agudísimas espinas.

Y en efecto; la murmuración, que nada perdona, empezaba á asestarla sus dardos envenenados.

Los desvelos que la sencilla joven prodigaba á los dos hermanos, iban robusteciendo paulatinamente las malignas observaciones de Gámbara, y sus miradas más inocentes, su más inocentes palabras, eran comentadas por aquella turba de rivales envidiosas de su dicha que se llamaban sus amigas.

Eugenio era el único que de nada se apercibía. Tampoco se apercibía de nada la señora, absorta en su exclusiva idea de atraer á Cláudio, y haciéndolo directamente ya que no había podido hacerlo por medio de su indócil hermano.

En cuanto al pobre Cláudio, siempre en guardia contra su mala suerte, siempre receloso contra el bien que no había sido jamás patrimonio de su vida, los adivinó muy pronto, y aunque los creyese destituidos de todo fundamento, en su excesiva y pundonorosa delicadeza le pareció que debía huir de su generosa bienhechora y evitar su presencia por no prestar ni el arma más leve á la calumnia.

No era fácil, además, que se hallase á solas con ella como ántes, porque su hermano se interponía entre ámbos con obstinado empeño.

Podía decirse que su hermano era la sombra, el perro de Genoveva. Con su ignorancia de los hábitos del mundo, con la vehemencia de sus pasiones, Nicolás salvaba todas las consideraciones sociales, y allí adonde iba la joven iba él á reclinarse á sus plantas.

Genoveva sonría á todas sus exigencias y perdonaba todos sus caprichos. Ya te he dicho que le amaba como á una madre á su hijo enfermo, porque era hermano de Cláudio y porque cada confidencia del jovencillo la iniciaba en un secreto del alma de su amigo.

Pero el carácter de Nicolás no la agradaba tanto co-

mo el de apasionado. Pasión ha todo abne

El principio cosas; el y eternas.

Genoveva Eugenio, te las exi

Así cua

—Maña

yo tomaré

mo de flor

Genoveva todos los

acababa s

tad por oc

siempre á

traba un j

con usura

Estos m

raban mu

que Nicol

cualquier

Creía, tificables

éste hubie

dejasen ol

él con la n

ria á Gen

Dispens

caballero,

nas intern

tusta mat

mentaba c

mas enoj

Otras v

ir cargad

remate oir

sin duda j

cargada.

Una noc

puesto tuv

al tresillo

dormitar

blaban de

tana.

Nicasio

taban en l

gira, á la

poco amig

Eugenio

tidiaba ho

usada.

Dejó á

—¡Duer

—No, es

—¡Por c

amigas? ¡D

—¡Por q

Genoveva

Eugenio

para excus

—Hubie

poco, y pa

vengan su

sostener m

Genovev

amada el

Eugenio

peorando

—¡Dos l

lorido, qu

algo! Vam

ca idea!

Somos t

piloto!

Cláudio

cion, Gen

su mano á

Pero si

contentó

tirado á s

ca y mulli

ño de los

jase á la s

Al oír l

cielo de s

hombros

refunfuñ

La sum

entrar en



mo el de su hermano; el del primero era turbulento, apasionado, enérgico, capaz de dejarse arrastrar por la pasión hasta el delito; el del segundo todo serenidad, todo abnegación, todo dulzura.

El primero estaba templado para las pasiones borrascosas; el segundo para las pasiones suaves, melancólicas y eternas.

Genoveva que se rebelaba contra el indiferentismo de Eugenio, se identificaba con Cláudio; pero sucumbía ante las exigencias de Nicolás.

Así cuando por la noche la decía:

—Mañana iremos al bosquecillo de acacias; V. leerá y yo tomaré vistas: después cojeremos entre los dos un ramo de flores.

Genoveva sentía decirle que no, porque se entregaba á todos los extremos de la desesperación más profunda, y acababa siempre por darle gusto. Mitad por cariño, mitad por condescendencia, el resultado era suscribir casi siempre á sus caprichos. Y entonces el joven demostraba un júbilo tal, que Genoveva se creía recompensada con usura por su condescendencia.

Estos momentos de júbilo expansivo, sin embargo, duraban muy poco: el más celoso amante no era más celoso que Nicolás, y se mostraba enojado y uraño con sólo que cualquiera dirigiese la palabra á Genoveva.

Crecía, con estas extrañas exigencias, con estos injustificables caprichos, el aislamiento de Cláudio, y áun éste hubiera podido tenerse por dichoso de que todos le dejasen olvidado; pero no era así: la señora se adhería á él con la misma tenacidad con que su hermano se adhería á Genoveva.

Dispensábase muy á menudo el favor de elegirle por caballero, y el infeliz tenía que acompañarla á dar algunas interminables vueltas por el campo, en donde la vetusta matrona multiplicaba sus arrumacos, y le atormentaba con sus enojosas indirectas y sus promesas aún más enojosas todavía.

Otras veces la acompañaba á la iglesia, y tenía que ir cargado con su sombrilla ó su perrito faldero, y por remate oír tres largas misas á las que la señora asistía sin duda para tranquilizar su conciencia algún tanto recargada.

Una noche, no obstante, Nicolás ligeramente indispuerto tuvo que retirarse á su aposento. Cándida jugaba al tresillo con Mendoza y Gámbara; Genoveva parecía dormitar reclinada en el sofá y Eugenio y Cláudio hablaban de literatura recostados en el alfeizar de la ventana.

Nicasio se hallaba en Santander; las jóvenes que habitaban en las vecinas casas de campo, habían ido á una gira, á la cual Genoveva no había querido concurrir, poco amiga de las diversiones bulliciosas.

Eugenio, amante de la sociedad y del bullicio, se fastidiaba horriblemente en medio de aquella calma desusada.

Dejó á Cláudio y fué á sentarse al lado de Genoveva.

—¿Duerme V.? la preguntó.

—No, estaba distraída, respondió la joven sonriendo.

—¿Por qué no ha querido V. aceptar el convite de sus amigas? ¡Nos hubiéramos divertido tanto en la gira!

—¿Por qué no ha aceptado V. su invitación? exclamó Genoveva picada.

Eugenio comprendió que había dicho una necedad, y para excusarla cometió otra, apresurándose á decir.

—Hubiera deseado que fuéramos para distraernos un poco, y para que nos distraigan es para lo que deseo que vengan sus amigas de V., que son alegres y dispuestas á sostener mil bromas inocentes.

Genoveva suspiró, pensando que al lado de la persona amada el alma no necesita distracciones.

Eugenio había querido remediar su imprudencia, empeorando la cuestión.

—¿Dos horas de aquí á las once! repuso con tono dolorido, que largas van á ser, Dios mío! ¡Si inventásemos algo! Vamos á dar un paseo por el mar. ¡Sí, sí, magnífica idea!

Somos tres y Marcela cuatro: vamos; yo serviré de piloto!

Cláudio se estremeció de alegría al oír esta proposición, Genoveva no quiso mostrarse resentida y tendió su mano á Eugenio.

Pero si este acuerdo contentaba á los tres jóvenes no contentó del mismo modo á Marcela, que ya se había retirado á su aposento y contemplaba con delicia, la blanca y mullida cama en donde pensaba reposar con el sueño de los justos hasta que el sol del día siguiente no dejase á la sombra ni un átomo de imperio.

Al oír la funesta orden, puso por testigo cien veces al cielo de su desdicha, y por último, echando sobre sus hombros un chal de lana, siguió á Genoveva gimiendo y refunfuñando.

La sumisión, no obstante, no llegó hasta el punto de entrar en la lancha, pues tenía mucho miedo al mar, y

así, pretextando vahidos y dolores, se quedó sentada sobre las algas de la playa con gran contento de los tres jóvenes que ya estaban cansados de oír la salmodiar en voz baja.

Entraron éstos en una ligera barquichuela que les cedió un pescador, y fueron costeano la orilla.

Los árboles medio desgajados de las gigantescas rocas, cubrían el ligero esquife con un dosel de verdura, llenándole de armonías y perfumes, mientras las olas se deslizaban unas encima de otras pareciendo besar más bien que azotar la frágil quilla.

La noche era poética y deliciosa: el cielo ostentaba su purísimo azul tachonado de estrellas, mientras en oriente asomaba el pálido disco de la luna, esparciendo sus rayos sobre el mar y la campiña.

El aura agitaba apenas la vela, y sus suspiros eran tan suaves, que se perdían entre el blando murmurio de las olas.

Aquella era la hora de la misteriosa germinación de las plantas y las flores; era la hora en que todos los seres de la naturaleza se confunden en un plácido deliquio de amor, y este mágico nombre parecía resonar en los aires repetido por todos los ecos de la noche; parecía que una llama esplendorosa, pero invisible, iluminase el cielo y el mar, el monte y la llanura....

Eugenio remaba y cantaba al compás de los remos una melodiosa barcarola; Cláudio y Genoveva estaban sentados al lado opuesto, uno junto al otro, fijos los ojos de ámbos en la bóveda del cielo.

Bogaron así largo rato.

Por fin Cláudio dejó escapar un suspiro de beatitud y murmuró en voz baja, tan baja que sólo un oído amante hubiera podido percibirla:

—¿Quisiera morir ahora!

Genoveva pareció despertar de un profundo sueño; se incorporó vivamente, y se inclinó hácia él.

Cláudio estaba tan pálido como la luna, y por su mejilla se resbalaba una lágrima.

—¿Qué tiene V.? preguntó la joven con inquietud.

—¡Nada! ¡Soy muy dichoso!

—¿Y llora V.?

Cláudio dejó caer la cabeza sobre el pecho; Genoveva le cogió la mano.

¿Qué es lo que pasó por ellos en aquel solemne instante?

Por las venas de ambos corría fuego, y al hallarse en contacto, estalló repentinamente dentro de sus corazones una abrasada hoguera.

¿Era acaso la primera vez que se habían visto?

¿Era acaso la primera vez que se habían hablado?

¡No; pero había llegado el momento de la revelación suprema!

A la mágica y súbita luz del amor, acababan de descubrir que sus dos almas no formaban más que un alma; que la una era la mitad, el complemento de la otra; que ámbas unidas podían gozar de las santas alegrías del cielo, de las alegrías voluptuosas de la tierra.

Al hacer aquel descubrimiento, ambos experimentaron un júbilo indefinible, una felicidad sin nombre, y luego una desesperación tan amarga como la de los condenados que vislumbran las delicias del empuje, mientras se despeñan en el caos oscuro y sin límites del infierno.

Genoveva se levantó rápidamente y fué á colocarse al lado de Eugenio.

Eugenio seguía cantando.

Genoveva quiso reconcentrar en él toda su atención, y una fuerza superior la obligaba á separar los ojos de su bello rostro para fijarlos en el de Cláudio. ¿Qué atracción tan singular podía tener aquel semblante ajado y descolorido, aquella frente pálida, aquellos ojos empañados por el llanto?

¡Misterios son estos que sólo pueden explicarse por la sublime intuición del alma!

Y las estrellas rodaban más silenciosamente por el cielo; la brisa era cada vez más quejumbrosa, más apagados los murmurios de las aguas....

¡Parecía que todos los ecos de la naturaleza saludaban en voz baja el nacimiento de aquel amor tristísimo, sin atreverse á despedir acordes demasiado vivos, demasiado alegres armonías!

Bogaron en silencio durante mucho tiempo.

Cuando desembarcaron en la playa, Genoveva se asió con un movimiento convulsivo del brazo de Eugenio; Cláudio siguió detrás de ellos meditando y cabizbajo.

Mucho más detrás seguía Marcela, á quien el paseo había parecido largo, húmeda la noche y pedregoso el camino.

Y, sin embargo, no era así: la noche estaba cada vez más apacible, y la senda que atravesaban para volver á la quinta, sembrada de finísima arena y cubierta de follaje.

Como las olas del mar, que jugueteaban dos á dos lím-

pidas y alegres, las flores, más felices que el rey de la creación, confundían sus perfumes; los pájaros mezclaban en voz baja sus gorjeos; el aura respondía con dulcísimos murmurios á los quejidos de las amantes fuente-cillas, el amor revoloteaba libre y feliz por los aires, deteniendo su caprichoso vuelo sobre el sér que le agradaba: ¡ay, sólo se han hecho para el hombre las severas palabras de honor, probidad, deber!

Eugenio murmuraba por lo bajo el estribillo de la barcarola, y tronchaba, al pasar, las ramas salientes de los árboles:

—Oiga Vd., dijo de pronto dirigiéndose á Cláudio, me ha ocurrido una idea, y si guardaba silencio era porque trazaba mi plan. Sé por Nicasio que sus artículos de V. valen mucho; sé que tiene V. una infinidad de obras inéditas, y es verdaderamente una lástima que por falta de editor pierda V. el estímulo, y el público los bienes que podría reportar con su lectura.

No hay que contar con un editor, ni con que ningún periódico le franquee sus columnas ínterin su nombre sea desconocido, y el único medio de salvar este inconveniente, sería que hallase V. un hombre, como se dice vulgarmente, esto es, un hombre que le prestase sombra y le ayudase á levantar el vuelo.

Yo puedo ser ese hombre, ¿quiere V.?

En otra ocasión aquellas generosas palabras hubieran llenado de alegría á Cláudio; pero entonces pareció, por el contrario, experimentar un sentimiento doloroso. ¡Tenía remordimientos y vergüenza de sí mismo!

—Fundaré un periódico científico y literario, prosiguió Eugenio absorto en su idea, y en él daré á conocer sus obras de usted. Soy rico, puedo sostenerlo, y en qué mejor emplearía mi dinero, que en sacar de la oscuridad á quien está dotado de genio é inteligencia? Y para que mi plan obtenga un éxito más lisonjero, lo pondré bajo el amparo de mi hermosa Genoveva.

En su casa, y con el beneplácito de su padre, si es que para entonces, por desdicha, no le basta con el mío, daremos un té literario, al que convidaré á los poetas, mis amigos, y allí, en pequeño comité, se leerán y examinarán cuantos escritos deban llenar las columnas de mi periódico modelo.

¿Qué les parece á Vds. mi plan?

Cláudio y Genoveva confusos hasta lo sumo, hasta lo sumo turbados y conmovidos, balbucearon algunas frases de aprobación, con las cuales el confiado Eugenio se dio por satisfecho.

Por fortuna llegaban á la casa.

Cláudio pretextó estar cansado y se despidió de sus amigos.

Cuando Genoveva tocó con sus rosados dedos la mano del joven, ámbos se estremecieron y experimentaron una sensación indefinible de angustia y de alegría.

—Tengo que hablarle á V., dijo Genoveva á Eugenio, así que entraron en la sala en donde su padre, Gámbara y la señora, proseguían con ardor su juego.

Eugenio sintió frío en el corazón al oír aquellas extrañas palabras pronunciadas con tan solemne tono, y la siguió hasta el sofá, en donde podían hablar sin ser oídos de los jugadores.

(Se continuará.)

## CORRESPONDENCIA.

P. B.—Leon.—El vestido puede V. arreglarlo del modo que indica la primera figura del figurín que se reparte con el presente número. De la falda haga V. la túnica, guarneciéndola la chaqueta con seda lisa, del color del volante plegado, que figura falda, y que debe ser parecido al de la raya ó al del fondo.

Si la chaqueta fuese corta, puede V. alargarla con un biés y un rizado de la tela lisa.

El mismo traje será lindísimo para una señorita joven, hecho en tela ligera y colores claros. Los vestidos de percal se llevan lo mismo que el año pasado.

Una amable suscritora.—Imposible me es complacer á V. en cuanto á los cuellos de trencilla, porque los grabados se disponen con mucha anticipación, reproduciendo los modelos de mayor oportunidad y utilidad para todas las señoras suscriptoras. Lo siento infinito.

Macrina.—El verde, que deslucen el cobre dorado, se quita con aceite; para el bronce, basta lavarlo con agua de jabón y potasa.

P. J. F.—Aguilas.—El periódico que V. indica ha cesado de publicarse.

Enriqueta.—Un vestido de seda blanca (de desposada), puede teñirse sucesivamente rosa, gris, violeta, marón, negro, y por último volverse á teñir de negro y estamparlo. Hé aquí que no será improductivo el gasto que haga V. para que su linda hija se presente en el día de su boda como debe.



## SECRETOS DEL TOCADOR.

Una persona que desee esparcir en torno suyo un perfume agradable y duradero, debe adoptar el que más le guste, y saturar con él todos los objetos de su uso. Para eso se emplean los sachets, colocándolos en los cajones de las cómodas, en los pupitres y demás muebles.

Algunas señoras, para concurrir a los bailes, hacen unos pequeños sachets de muselina, rellenos de polvos perfumados, poniéndose uno en el pecho en el hueco del corsé, uno debajo de cada brazo, y otros en el pelo, sirviéndose de ellos como si fuesen crepé. De este modo neutralizan el olor desagradable del sudor, practicándose lo mismo para las giras de campo.

Aun cuando no gusten los perfumes, ó hagan daño, se pueden usar aromas fugitivos,

que no dejan más que ligerísimas emanaciones, que revelan limpieza y no pueden menos de gustar á todo el mundo.

De este modo, sin que parezca pretension, y por el contrario, sea una cosa sana y agradable, se puede tener siempre en los armarios de la ropa blanca y los vestidos, un poco de vétiver, verbená ó raíz de lirio. El vétiver, en paquetitos, puede introducirse en las sillerías, entre el asiento y el respaldo, y además de preservarlas de la polilla, comunicará un olor grato al aposento.

Tanto en las antiguas cazoletas, como en los modernos evaporizadores, se coloca una esponjita ó un poco de algodón impregnado de esencias, com-

puestas para formar un ramillete, al que se añade una pequeña cantidad de amoníaco ó álcali. Esta sustancia, siendo esencialmente volátil, se esparce por el aposento juntamente con las esencias á las que se halla mezclada.

Hé aquí una combinación deliciosa que se llama *lirio de los valles*. Extracto de jazmín, 25 gramos; azahar, 55 gramos; de vainilla, 70 gramos; de tuberosa, 75 centigramos; de casia, 12 centigramos; de rosas,

12 cent.; álcali volátil, 20 gotas.

Como la imaginación es tan poderosa y presta encanto á las cosas más triviales habilmente preparadas, yo aconsejo á mis lectoras, que coloquen la esponja en el centro de un ramo de flores artificiales que adorne su salón. Cada vez

que se pase al lado del ramo, se aspirarán las mismas suavísimas emanaciones que se exhalarían de las flores naturales. Es un pequeño subterfugio, que si bien revela algo de coquetería, nunca puede emplearla mejor una señora que en embellecer y hacer agradable su casa, su nido, que constituye y debe constituir todas

sus delicias. Un diminuto sachet de polvo de frís, en un ramito de violetas, completa la ilusión, colocándolo de modo que no se vea bajo una flor ó una hoja. Del mismo modo pueden perfumarse las flores que adornan nuestros sombreros ó nuestros trajes de baile.

## EXPLICACION

## del figurin 1316.

FIG. 1.<sup>a</sup> Traje de paseo.— Este lindo traje, tan propio para el verano, se compone de falda de seda gris lisa, ó más bien de un volante plegado y túnica y paletot de foulard moteado de negro y guarnecido de seda y lazos del color del volante. Las solapas y las carteras de las mangas son también del color del volante. Sombrero-cófia de tul guarnecido con cinta gris.

FIG. 2.<sup>a</sup> Traje de visitas.— Vestido de seda negra cubierto de granadina, gasa de seda con malla hecha con perlas de oro. El cuerpo que sirve de confección, forma chaleco por delante. Lazos de cinta de dos caras; sombrero de paja negra con velo flotante por detrás y ramo de yerbas de los campos. Por debajo del borde diadema de rosas y amapolas.

Las señoras que deseen adquirir perfumes suaves y delicadísimos, así como preciosos objetos de tocador, pueden dirigirse al nuevo establecimiento titulado: LA VIOLETA, Príncipe, 12, en Madrid.

Hemos tenido ocasión de ver el notabilísimo libro titulado: LECCIONES DE HISTORIA UNIVERSAL arregladas al

programa de la Academia de Artillería, y debido á la bien cortada pluma del comandante graduado, señor D. Antonio de Ochoa y Alvarez, á quien nos apresuramos á enviar nuestra cordial enhorabuena por tan interesante obra. Al mismo tiempo la recomendamos á los padres de familia, por su reconocida utilidad, y las enseñanzas morales y filosóficas que en alto grado la enaltecen.

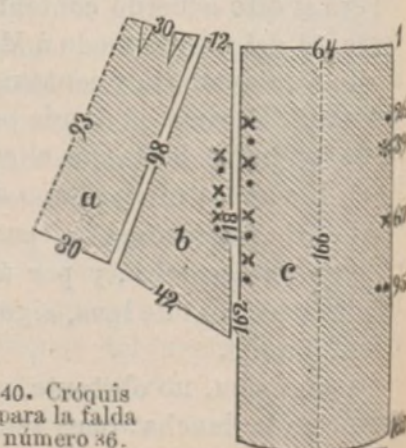
En breve verá la luz pública una nueva obra titulada: POTPOURRI, original de nuestro amigo Sr. Peño-Carretero y dedicada á dos eminentes hombres políticos. El favor con que el público ha acogido las publicaciones del autor, esperamos se aumente en esta

obra, que, según nuestras noticias, ha de contener preciosos trabajos.

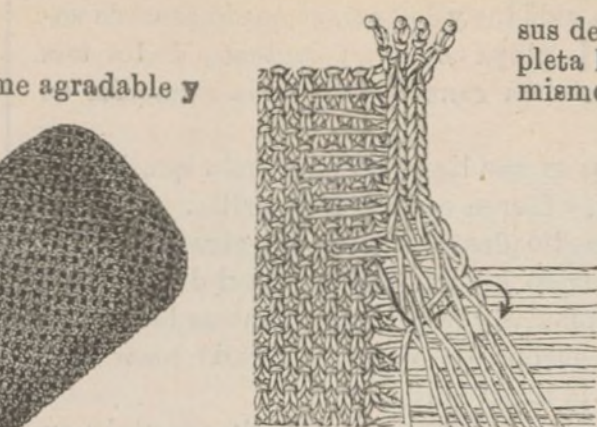
EL COPO DE NIEVE por

ANGELA GRASSI.

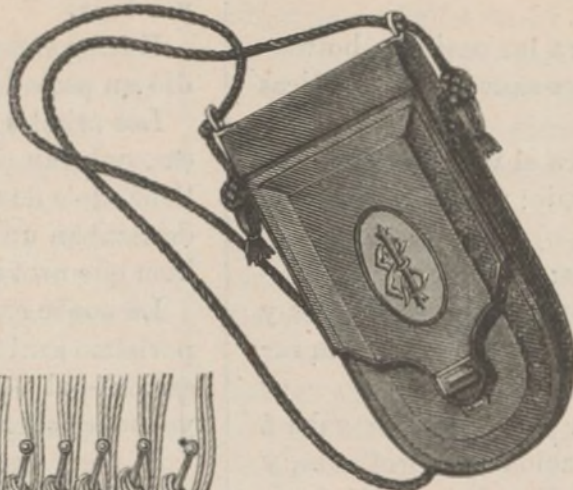
Un tomo, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias. Administración, Monterra, 11, 2.<sup>o</sup>



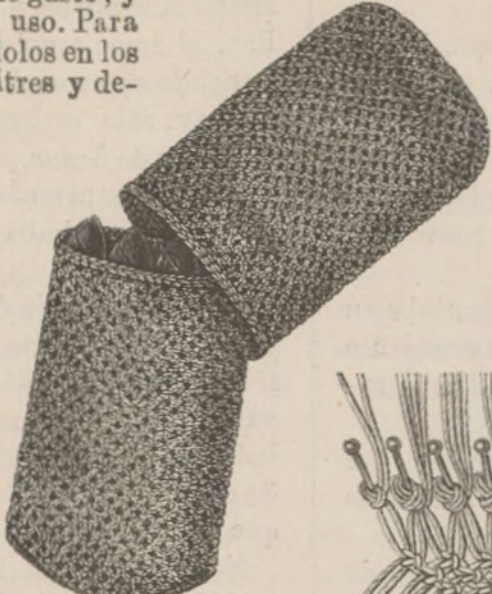
40. Croquis para la falda número 36.



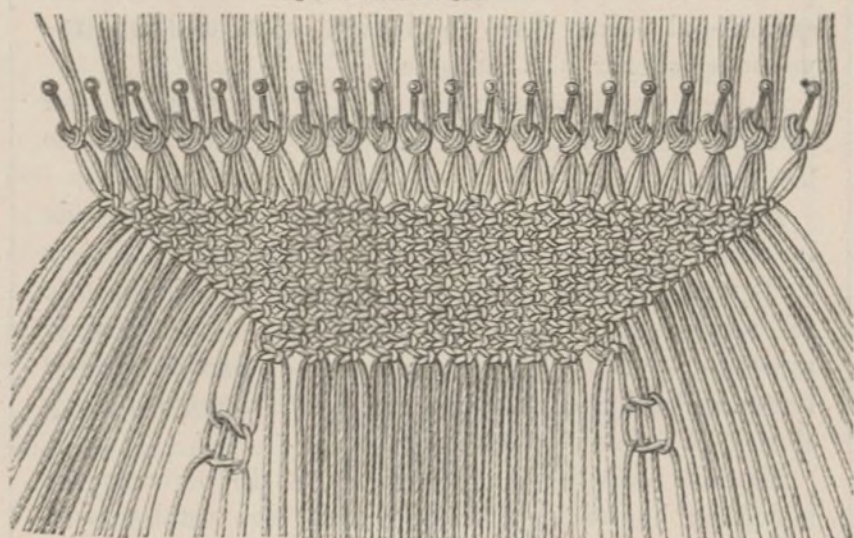
32. Detalle para ejecutar la cigarrera núm. 31.



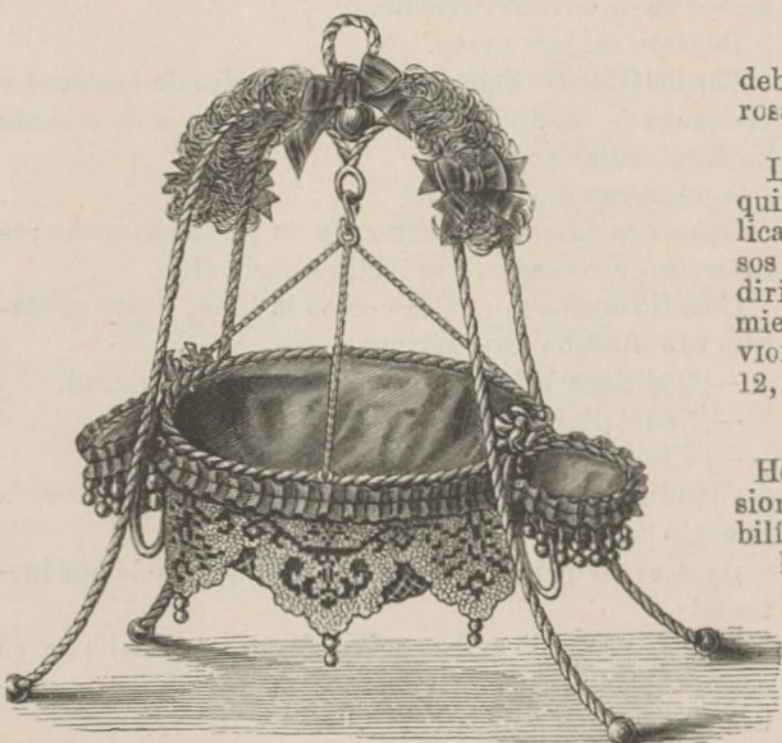
34. Cigarrera para viaje.



31. Cigarrera. Labor anudada. (Véanse los números 32 y 33).



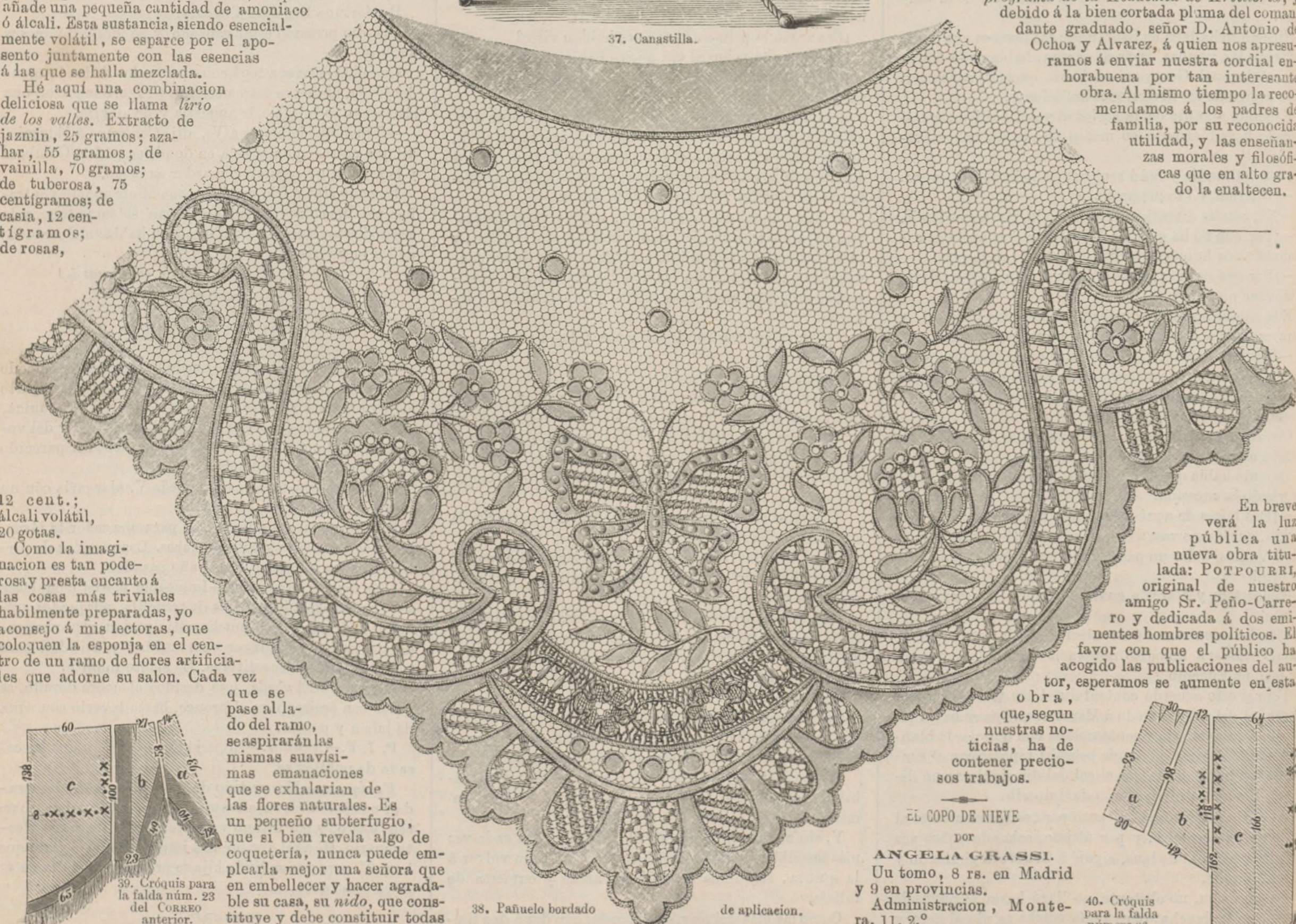
33. Modelo para ejecutar la cigarrera núm. 31.



37. Canastilla.

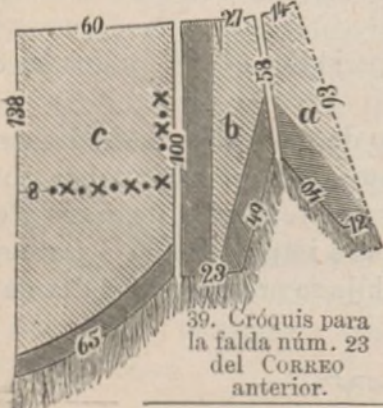


36. Falda con túnica. (Véase e núm. 40).



38. Pañuelo bordado

de aplicación.



39. Croquis para la falda núm. 23 del Correo anterior.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup> Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1316.

Editor-propietario, Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid

Administración: Monterra, 11, Madrid